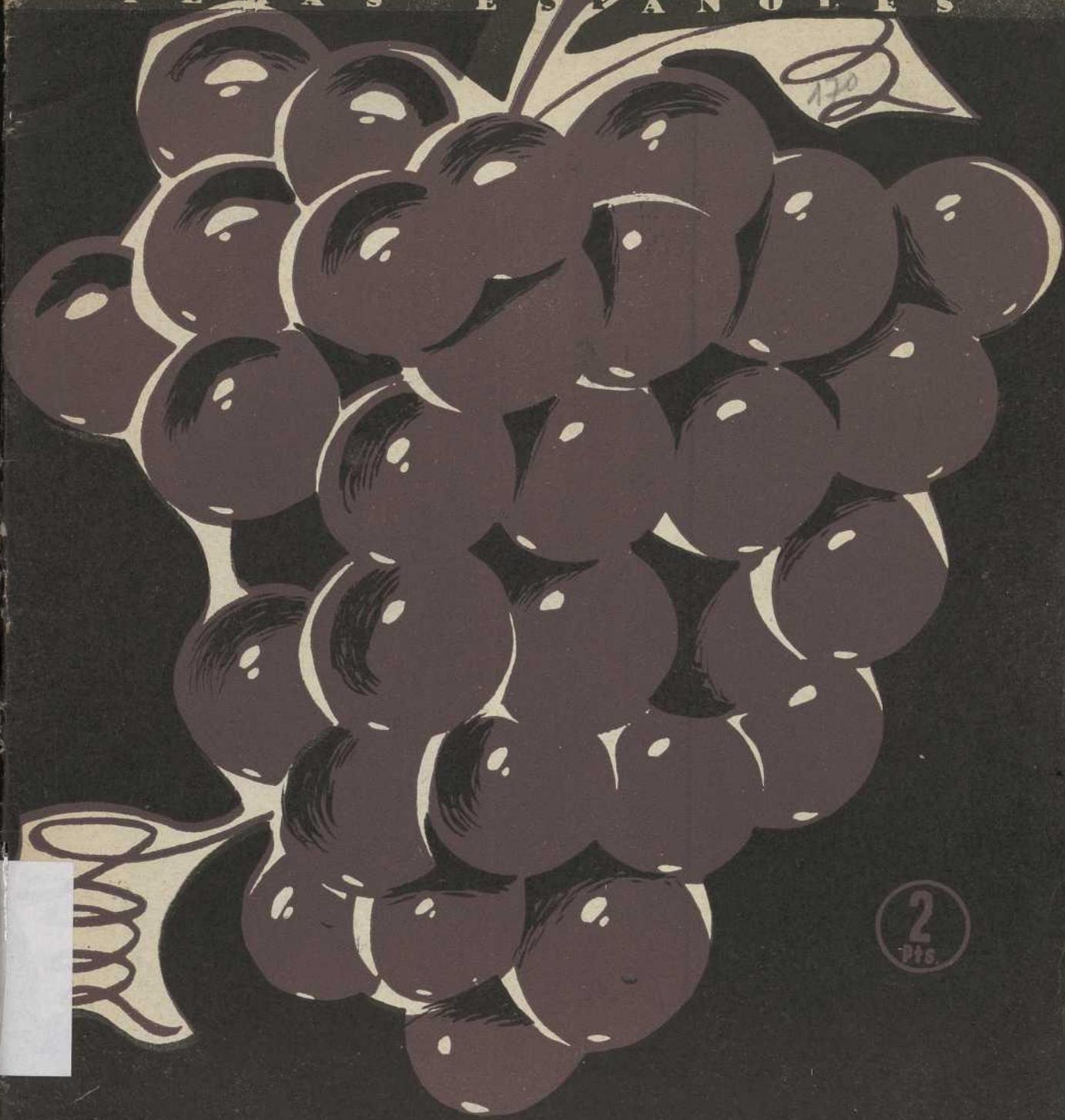


TEMAS ESPAÑÓLES



2
pts.

LA RIOJA

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66-68

MADRID

libreriajimenez.com

TEMAS ESPAÑOLES

Núm. 170

LA RIOJA

Por

JULIA MARTINEZ

 Biblioteca de La Rioja

NO SE PRESTA

LECTURA EN

SALA



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

12.198.871

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

O'DONNELL, 27 - MADRID

1955

LA RIOJA

EL vino de Rioja ha llevado el nombre de esta región española a casi todos los ámbitos del mundo. Recuerdo ahora la emoción con que evocaba un calceatense aquel día en que, después de muchos transeurridos fuera de la Patria y de su bello rincón riojano, vió llegar a su mesa de Hong-Kong una botella de rico clarete, que le trajo a la memoria este paisaje vivido en su infancia.

Seguimos charlando de tan excelso embajador como tiene esta parte de España, para lamentar después lo poco conocida que es, sin embargo, esta región, tanto en nuestra Patria como fuera de ella en lo que se refiere a su aspecto artístico e histórico. Desde entonces siempre he sentido la nostalgia de contar de su belleza, de la riqueza que guarda su suelo y de tantos monumentos como ha legado a la Historia esta provincia de Logroño.

Antes de su disección geográfica quiero describir un poco ese río Oja, del que seguramente tomó nombre. Un río que, de los siete que tienen sus vegas, acaso sea de los menos caudalosos, pero que tiene el encanto de nacer en las altas montañas de la Sierra de la Demanda, para discurrir después en el llano por un lecho de piedras, al que montan guardia

las lanzas de los chopos que enmarcan a grandes trechos sus orillas. Su caudal, mayor en invierno y cuando la nieve de la sierra se licúa, tiene, a veces, redoble de guerra, si en avalancha el agua irrumpe en los prados y lleva tras de sí, como botín de guerra, aquellas tierras que el hombre defendió de sus crecidas con bloques de cemento y piedras tomadas de su propio cauce.

En verano, en cambio, el río se amansa, el Oja cae como en un letargo, pues la Sierra sólo le envía algo de agua con que mantener el frescor de sus ribazos y amansar la sed de aquellos bueyes que, ahora, en bucólica estampa, descansan en el prado de las horas de trabajo. Presta a su vista majestuoso empaque el pico de San Lorenzo, el más alto de la Sierra de la Demanda, al que la tradición popular embellece con antiguos cuentos sobre un inmenso pozo negro que encierra en sus entrañas tantos misterios como fantasías fuéronse tejiendo en derredor de su mole.

Pero sigamos, aunque sólo sea una legua, el curso del río; las montañas han perdido su empaque, aquí y allá, montes de chaparro bajo, cuyas faldas el labrador ornó con un recuadro de trigo, una banda de cebada o un garbanzal en la

cumbre de un pequeño cono. De vez en cuando, un puente semidestruido nos devuelve, en el estío, la imagen del río turbulento en que se torna el Oja cuando baja caudaloso y hay que dar crédito a aquel labrador que cuenta de un invierno en que arrastraba inmensos olmos, como ahora corren por sus tranquilas aguas las hojas que comienzan a caer. Ha dejado atrás pequeñas aldeas, encumbradas sobre el monte, y ha cruzado el pintoresquismo de Ezcaray, a los pies de la Sierra de la Demanda. Otros pueblos han mojado los lindes de sus tierras en las orillas del Oja. Pero... dejemos el curso del río para conocer ahora cuál es, en síntesis, la historia de esta región.

BOSQUEJO HISTORICO

Fueron los predecesores de los riojanos, remontándonos a la época visigótica, los cántabros, que, desalojados por Augusto de sus posesiones de la montaña y del norte de Castilla, se refugiaron en la cuenca alta del Ebro, cerca del llamado Ducado de Cantabria, que se extendía por toda la Rioja.

Dominada por los moros más tarde, le corresponde a Sancho Garcés de Navarra su reconquista, y establece en la ciudad de Nájera sus reales, con lo que la Rioja es por un tiempo sede de la Corte navarra, mientras que Fernán González sometía a su feudo la parte occidental de la misma. Con la unión de Navarra a Aragón, después del fratricidio de Peñalén, la Rioja pasa a formar parte del reino de Castilla, pero a la muerte de su monarca Alfonso VI, Alfonso el Batallador une la Rioja a Aragón, y es Alfonso VII el Emperador el que vuelve a recuperarla para Castilla.

Fué, pues, mucha la herencia que legó a sus descendientes riojanos Navarra, que no dejó de luchar por volver de nuevo a poseer aquella tierra, que creía suya por ser Navarra quien la había reconquistado para los cristianos.

Así, en síntesis, los principales vaivenes históricos de esta región nos dejan contemplar cuáles fueron sus más cercanos antecesores, que legaron a sus descendientes de hoy esos caracteres de franqueza y sencillez característica del navarro y del riojano actual.

LOGROÑO

Cercada antiguamente por poderosas murallas, sin duda, por su carácter de fronteriza, hoy Logroño sólo conserva de ellas una pequeña parte al poniente de la población y una hermosa puerta, abierta en las mismas, que daba paso a la capital de la provincia, guardada así de las incursiones de los reinos limítrofes, que ansiaban para sí la conquista de sus ricas vegas.

El escudo de Carlos V campea en su frontal, encerrado entre los escudos de la ciudad.

Tan sólo este vestigio nos muestra ahora la importancia de plaza fuerte que tuvo Logroño, a la que el tiempo ha ido convirtiendo en una industriosa provincia que alegra el vergel de su vegetación, bañada por el caudaloso río Ebro, y donde una serie de nuevas edificaciones le prestan un aire moderno, roto a veces por la arquitectura medieval, y cuyo fuero fué dado a Logroño por Alfonso VI, en 1095, mandando en él la repoblación de la ciudad de Logroño, destruida anteriormente por el Cid.

No por capitalidad de la Rioja, sino por su situación en la línea divisoria, entre la llamada Rioja Baja o Ribereña y la Rioja Alta, encontramos en Logroño al tipo clásico de riojano, afín al navarro, de fuerte complexión y con esa rara cualidad de franqueza y sencillez, que son características conocidas de los habitantes de esta región, sobre todo en la parte ribereña.

Lo bien labrado de sus huertas, los hermosos cultivos de sus frutales han hecho famosa la capital riojana por sus conoci-

das industrias conserveras, que llevan fuera de la Patria, incluso, esas frutas, aquellas hortalizas enlatadas que permitirán traer, a su vez, a España otros productos de los que nuestro suelo carece. Es, pues, Logroño abastecedora de nuestro suelo, no sólo con los productos que recogen sus fértiles tierras, sino también procurando, con lo rico de su exportación, importar otros artículos de primera necesidad, que abastecerán los mercados de España.

Además de su industria conservera, otras varias dan vida a esta ciudad, así, la de algunas marcas de los vinos de Rioja, que tienen en Logroño su sede; aquella otra, golosina de mayores y pequeños, cual es la de fabricación de pastillas de café con leche; la más moderna de confección de relojes, que va adquiriendo gran impulso; la muy importante de embutidos, y otras que su mención haría demasiado extensa esta vista general de Logroño, fugaz como el vuelo de estos pájaros que cruzan en bandadas el Ebro.

El moderno edificio recién construido del Seguro de Enfermedad, en una de las salidas de la capital, habla por sí solo de cómo la ciudad se ocupa de prestar con sus modernas instituciones la ayuda precisa a sus trabajadores, que forman un gran número entre los que en ella habitan.

Desde uno de los dos hermosos puentes que tiene Logroño, vemos discurrir el Ebro.

En sus ribazos, unas pequeñas barcas se alinean para cruzarlo; varios pescadores aguardan ese barbo o aquel pez que rompa el pensamiento del que sueña, mientras esperan que piquen en su anzuelo.

¿Cuáles serán sus pensamientos? Alguno soñará con ver pletórica de pescados su mochila de red. Otros..., con aquel pedazo de tierra donde los frutos van coloreándose mientras él descansa junto a la margen del río. Aquél, soñará con la ciudad medieval que legó a Logroño el recuerdo de su antiguo señorío. Sigamos el curso de sus pensamientos. Se detienen ante la Colegiata de Santa María de la Redonda, que se alza donde se abre un pequeño

jardín en la apartada calle de Los Arcos. Un edificio que eleva al cielo dos hermosas torres, orgullo artístico de los logroñeses por la finura de los variados elementos arquitectónicos que la componen.

De buenas proporciones y primorosamente ejecutadas, data su construcción del siglo XVIII, y tanto éstas como la puerta que se abre entre ellas, pertenecen al estilo barroco, que se ha dado en llamar riojano, por encontrar en las construcciones de este estilo habidas en la región un sello especial que le imprimieron los artistas riojanos.

Cuenta Logroño con dos monumentos nacionales, cuales son la iglesia de San Bartolomé, hoy regida por la Compañía de Jesús, que, al valor arquitectónico de su portada, seguramente de fines del siglo XIII o principios del siguiente, y a la que se ha comparado con la famosa puerta de la Virgen de Nuestra Señora de París, e incluso con la sin par de Burgos, une el valor histórico de su torre, desde la cual, al ser sitiado Logroño por los franceses, se defendió la entrada a la ciudad. Recuerdo de este hecho histórico es su reconstrucción al estilo mudéjar que hubo de llevarse a cabo por los impactos que recibió en tan glorioso sitio.

El segundo monumento nacional de Logroño es la imperial iglesia de Santa María de Palacio, sobre la que se eleva la famosa flecha románico-ojival erigida en el siglo XIII o XIV, y que, a pesar de no haberse llevado a cabo las obras de consolidación hechas en ella con el esmero que merecía, conserva la propiedad de ser una de las más antiguas de su clase. La actual iglesia se construyó seguramente sobre otra románica unida al Palacio que en Logroño poseían los Reyes de Navarra, y de allí su nombre de Santa María de Palacio.

Recuerdo histórico-artístico también es la llamada iglesia de Santiago el Real. Histórico por el hecho que dió lugar a su fundación por el Rey Don Ramiro, ya que fué mandada edificar por este Monarca en recuerdo de la Batalla de Clavi-

jo, lugar muy cercano a Logroño, y artística también por la belleza de su fábrica, que data del primer cuarto del siglo XVI.

Así, a vuelo de pluma, los principales monumentos de la ciudad, no podemos dar por terminadas estas líneas dedicadas a Logroño sin mencionar la casa donde vivió los últimos años de su vida el general Espartero. Una casona de señorial empaque, que ha cambiado los escudos de sus antiguos propietarios por unos atributos episcopales enmarcados en filigranado trabajo de cantería sobre su portada y que, sin duda, fueron allí colocados cuando esta mansión, de rancio abolengo, fué adquirida por el Estado para palacio episcopal, en aquellos años en que quiso trasladarse de Calahorra a Logroño la residencia del obispo de la diócesis.

Los restos de Espartero descansan en la Colegiata de Santa María de la Redonda, en un bello monumento, donde una inscripción dice:

«Al General Espartero, pacificador de España, y a Doña Jacinta Martínez de Sicilia, su esposa, le erigió la Nación este monumento. Año de MDCCCLXXXVIII.»

LA RIOJA BAJA

Es la Rioja Baja tierra de vegas feraces y de huertas geoméricamente labradas, en las que los frutales, cargados de sabrosos frutos, prestan a su paisaje ese aire de riqueza que se advierte en todos los pueblos de esta parte de la comarca. Es frecuente, en otoño, ver, como colgaduras que flamean al sol, en las ventanas esos ricos pimientos que son gala de ella y que constituyen uno de los más sabrosos platos que el riojano, aficionado al picante, saborea con deleite con el porrón al lado lleno de rico clarete para refrescar el gajate que arde.

Tierras las de Rioja que ocultan bajo sus duros terrones un ubérrimo manantial de riqueza. Huertas sólo comparables a las de Levante, sazonadas por el agua del Ebro y sus afluentes, que las fertilizan.

Las principales industrias de la comarca derivan principalmente de la agricultura, muy desarrollada en la ribera riojana y que ha convertido sus tierras en verdaderos vergeles.

Son de destacar entre sus frutos las alcachofas, espárragos, pimientos, las más variadas clases de frutas de rico y sabroso aroma, como albaricoques, melocotones, ciruelas, etc., siendo también rica en viñedos, si bien los más afamados sabemos se encuentran en la otra Rioja, llamada Alta.

También el olivar se halla bastante extendido, si bien su producción es sólo suficiente para la comarca, acaso por no habersele dado a la industria aceitera preferencia sobre otras más desarrolladas en esta llanura, cuya vista tiene el deleite de su riqueza.

En su subsuelo nacen aguas termales, que desde tiempos remotos han servido para panacea de tantos enfermos como acuden a los balnearios de Arnedillo y Grávalos, cuyas aguas son especialmente recomendadas para el reuma las del primero y enfermedades de la piel y nutrición las del segundo.

Los principales pueblos de la ribera son: Calahorra, Alfaro, Arnedo y Cervera de Río Alhama, si bien otros varios menos importantes encierran también en sus campos y caseríos alguna industria, un recuerdo histórico, un bello panorama o una reliquia del pasado artístico de la Rioja.

Mencionarlos todos sería imposible por ser tan varios los recuerdos y notas que de ellos conservo: los ricos mazapanes de Soto, el hermoso mercado de Autol, el incomparable retablo de la iglesia de Aldeanueva de Ebro...

Recuerdos, imágenes que se perpetúan en la memoria por tanta belleza como encierran en los más variados aspectos. Porque la Rioja es esto: un continuo cambio de impresiones que nos hace a veces soñar con el pasado y gozar otras, con un presente plétórico de vida, de luz, de color...

CALAHORRA

Si la vitalidad que se advierte al pisar Calahorra, centro importantísimo de la industria conservera riojana, no arrollara nuestra imaginación, ésta volaría hacia la antigua Calagurris romana que, adicta al partido de Sertorio, prefirió sucumbir de hambre antes que rendirse a las huestes de Pompeyo.

Basta este recuerdo para la apología de la ciudad. Una ciudad de edificios modernos, de paseos bien trazados, que se asienta sobre las ruinas de la que fué patria del poeta Quintiliano, y donde un día, bajo la bóveda de este cielo límpido que ahora contemplo, fué proclamado en lejanos siglos Rey de Castilla Enrique de Trastámara.

Tronar de arcabuces, trote lejano de caballos se acerca a Calahorra. Du Guesclin viene a coronar al Monarca, y la antigua ciudad romana viste sus mejores galas para tan fausto acontecimiento... ¡Qué lejano el recuerdo!

Hoy Calahorra es una ciudad con fisonomía nueva, que, día a día, va ensanchándose y creciendo en altura con nuevas edificaciones que parecen querer borrar todo cuanto a su lado rememora su antigua ciudad; a veces, aquella casa blasonada; ese antiguo convento, que pregona con su faz dorada por el sol de varios siglos lo remoto de su construcción.

Pero Calahorra tiene ahora, sin embargo, algo que lo vetusto patina en demasía a veces, y es la alegría que le prestan sus días claros y soleados, ese enjambre de calagurritanas que acuden puntuales a las fábricas, aquellas escuelas donde se enseña a amar a España en un ambiente digno para esos niños que serán mañana trabajadores los más, pero que jurarán un día la bandera, conociendo la historia de su Madre Patria.

Muy renombrada en Calahorra es la industria conservera de frutas y hortalizas, y a cuyo elevado desarrollo debe en parte la fama que hoy tiene la ciudad como cen-

tro industrial. La bondad de los productos que encierran sus laterías, todos de la tierra, ha llevado a los mercados españoles el renombre de la Rioja, más conocida muchas veces por su aspecto industrial que por lo histórico de su emplazamiento.

Sede episcopal, Calahorra es residencia del obispo de la diócesis de Calahorra y Santo Domingo de la Calzada, y allí, en un vetusto palacio, vemos el escudo pontificio.

Su importancia industrial, lo bien comunicado de su emplazamiento en la línea del ferrocarril Logroño-Barcelona, sus carreteras, que la comunican con las principales redes comerciales, y, en fin, cuanto guarda Calahorra, va dando impulso a esta población riojana, de tan rancio abo-lengo histórico.

Digna de mencionar en su parte artística es la catedral, factura del siglo xvi, aunque su comienzo se retrotraiga al siglo xii. De ella, lo más valioso es, sin duda, la capilla mayor, de estilo gótico, y el plateresco que se admira en el retablo de la de San Pedro. Verdadera joya que se conserva en la catedral es la maravillosa custodia gótica del siglo xv.

Se salpica la moderna ciudad con edificios antañones que son un remanso para la vista en la soleada población. Así, la iglesia gótica de San Andrés nos brinda en su interior un retablo churrigueresco, cuyo interés nos encierra en la penumbra de sus naves.

La vida vuelve a cobrar ritmo cuando me veo de nuevo en sus calles, impregnadas con el aroma que adviene de sus huertas.

ALFARO

Como la romana ciudad de Calagurris, Alfaro cultiva en sus vegas los más varios productos. Es Alfaro un pueblo en el que la influencia del medievo ha dejado impresa la huella de aquellos siglos en la urbanizada población, siendo fácil que

se adviertan, al pasar por sus calles, reminiscencias de la región aragonesa en las fachadas de sus señoriales casas. Todo en Alfaro tiene un regusto artístico especialmente su palacio abacial, según los planos de Ventura Rodríguez, aquel arquitecto que legó a España un glorioso pasado y cuyo nombre traspasó las fronteras de la patria. Buena muestra de su genio es este palacio, que sería lo bastante para desear conocer Alfaro si su vega riquísima no nos condujera también a través de sus huertas a idílicos paseos, a cuya vista se siente la necesidad de proclamar a la Rioja como una de las más ricas y feraces tierras españolas.

ARNEDO

La industria principal de Arnedo es de zapatillas. Arnedo, diestro en la confección de éstas desde hace muchos años, ha llegado hoy a alcanzar renombre en esta industria, que comenzó siendo labor de artesanía para convertirse hoy en una potente industria que ocupa a aquella parte de la población que no dedica sus trabajos a las labores del campo.

Como la Rioja entera, Arnedo fué lugar de interesantes hechos históricos, cuya narración sería demasiado extensa en este breve trazo que escribo sobre la Rioja Baja.

CERVERA DE RIO ALHAMA

Nos aguarda bajo el joyel de su escenario pintoresco, donde el río Alhama refresca su exuberante vegetación.

Muy cercana a la comarca aragonesa, Cervera es un hermoso pueblo que une a sus características riojanas las de su hermana Aragón. Se alza sobre antiguas ruinas, y debajo de sus añosas piedras recientes excavaciones han sacado a la luz valiosos recuerdos de la época celtibérica,

que nos demuestran la importancia que tuvo en tiempos este pueblo, que hoy vive apacible y dedicado al trabajo de sus huertas, mientras las excavaciones siguen oradando sus entrañas, celosas guardadoras de un tiempo pretérito, y cuyo estudio sirve para reconstruir la historia de esta hermosa vega riojana.

Cualquier camino de Cervera nos conduce a un lindo paseo en cuyas frondas es fácil dejar discurrir el tiempo en una total inhibición del presente.

RIOJA ALTA

Mayor en extensión que la Ribereña, la Rioja Alta comprende aquella parte que va desde los montes de Oca, en la lindante provincia de Burgos, hasta Logroño. Más varía su vegetación que la primera, sus características raciales se acercan más a los caracteres propios del hombre que habita la sierra, especialmente en aquellos lugares en que los comarcanos tienen como toldo de sus tierras las ingravidas sierras, que lucen nieve en las cumbres en cuanto el sol, en el continuo girar de la tierra, comienza a ascender en el otoño.

Son sus provincias limítrofes Soria, Alava y Burgos, y sus sistemas montañosos, los ásperos Picos de Urbión, la mole de la sierra del Toloño y la sierra Cebollera, con sus numerosas estribaciones, todas las cuales imprimen a esta región una bella fisonomía. que alterna con aquellas planicies donde los viñedos alargan sus tentáculos sobre la tierra y el oro de sus racimos madura al sol con la vista puesta en las lejanas montañas.

Es capital de la Rioja Alta, Haro, que, como varios más de los pueblos que se asientan en ella, merece párrafo aparte. Muchos de ellos se alzaron sobre tierras que antiguamente, cuando las luchas feñían de sangre estos parajes, eran ásperos bosques o cantarrales por donde discurrían

los ríos que hoy son riqueza del país por el caudal bien conducido de sus aguas, y que, como dijimos en su lugar, son afluentes del Ebro tumultuoso que vemos en Haro, con la sierra del Toloño al fondo, batir los riscos y cruzar majestuoso por un desfiladero que tiene por nombre «Las Conchas».

Si es varia la vegetación, varia también es la riqueza de sus tierras, muchas de pasto, lo que da lugar a un extenso número de cabezas de ganado, de huertas otras, con sus industrias subsiguientes, y sobre todo, esos extensos terrenos dedicados a procurar la vid que se convertirá después en aquellos caldos de Rioja por todos conocidos. Tierra de trigo, tierra de vid, de rumorosas huertas, de bucólicos paisajes salvajes. Una vega que se salpica con esa ermita de época románica, aquellas murallas que nos hablan de su importancia guerrera, ese castillo testigo de una batalla, de esos monasterios llenos de recuerdos y, en fin, de un sinnúmero de iglesias y antiguas casonas de que está sembrado el camino por estas tierras riojanas, donde a cada paso nos asalta el recuerdo de una leyenda o la mística evocación de aquellos peregrinos que desde lejanas tierras cruzaban entre los breñales los ásperos caminos a Santiago de Compostela, cuando el camino se hacía en duras jornadas de a pie.

Y así una visión general, hagamos nosotros también algún alto en el camino que nos ahonde en sus sierras y en el vergel de sus viñedos, escuchando al pasar alguna de sus leyendas, que aromarán con sus historias el viaje.

HARO

Sobre un llano, Haro es hoy una bella ciudad que cubre sus tierras con el manto de sus afamados viñedos. Una ciudad que conserva un antiguo barrio de gitanos que tienen el pintoresquismo de esa

raza que se conserva pura todavía y que vive en lo alto de la ciudad, allí donde a sus pies el Ebro se desliza silencioso.

Cuevas excavadas sobre picachos cortados sobre el río, donde algunas de las bodegas que dan fama a la ciudad esconden sus tripudos barriles. Calles silenciosas y lóbregas, aromadas con lo añejo de los siglos, casas que fueron un día palacios que albergaron a tantos nobles como habitaban en esta histórica villa del señorío de Vizcaya, en la que se despegan los modernos miradores que incrustaron actualmente en sus fachadas una mal entendida modernización y que restan sabor a la ciudad.

Y si hermoso es su caserío —en gran parte, de los siglos XVII y XVIII—, que luce la belleza de artísticas portadas ricamente trabajadas, qué decir de sus templos, sus hermosos templos de la Virgen de la Vega, Patrona de la ciudad, y su artística iglesia parroquial, que enorgullecen, y con razón, a sus moradores. Lástima que su antigua plaza de la Paz, con su Ayuntamiento del siglo XVIII y viejas casonas que la circundan por uno de sus lados, sostenga en las arcadas de sus portales otras que destacan demasiado por su modernidad y restan belleza al conjunto de la plaza.

Si Haro, por su fisonomía, merece ser visitado, también por sus renombradas bodegas lo es, ya que en ellas encontrará el catador el manjar de unos vinos sin igual. Muchas son las que guarda la ciudad, y todas tan conocidas que no merece nombrarlas, pues mencionar todas sería demasiado, y sólo algunas podría provocar enojo. Basta, pues, decir de ellas que en la antigüedad de sus primitivas cuevas unas y en modernas instalaciones otras, en ellas se produce una buena parte de nuestra exportación vinícola a todo el mundo, además de abastecer el mercado español para regalar el paladar de cuantos conocen las excelencias de un buen vino con que regar una selecta comida. Los más escogidos tipos de vino se maceran en estas cubas con antiguas madres

que nacieron al calor de su suelo. Algunas de estas bodegas han incrementado su industria con la del champiñón, que se desarrolla en sus cuevas y conquista también el mundo con el nombre de Haro al dorso.

Escapemos de Haro, de la poesía de la vista que nos ofrece desde la vega el río del campechanismo de sus habitantes, de esos deliciosos platos típicos que comimos en las bodegas, que tienen un algo especial que no alcanza en la severidad de una mesa.

Haro es la ciudad siempre alegre y acogedora. Marchaos pronto; si no, su hechizo os retendrá.

Sus aledaños.—Muchos son los pueblos que a corta distancia de Haro y en diferentes direcciones merecen un alto en el camino. Pueblos todos ricos por su agricultura, elevada a gran nivel, lo que ha hecho posible la feracidad de sus tierras, que es un verdadero regalo para el riojano. Así, entre los cogidos al azar citaré Casalarreina, pródigo en bellezas naturales, con la joya de un convento de religiosas dominicas, cuya fábrica pertenece a las postrimerías del gótico, que fué fundado por el hijo del condestable de Castilla don Juan F. de Velasco, y la belleza de las magníficas casonas que encontramos al deambular por sus calles. Un pueblo en el que es fácil colegir la importancia que tuvo en otros tiempos, y que hoy, por su situación en un punto neurálgico, de unión de carreteras y en la línea del pequeño ferrocarril de Haro a Ezcaray, es de fácil acceso, lo que le permite un extenso comercio para sus productos hortícolas, así como para el envío fuera de la provincia de los ricos embutidos que se fabrican en Casalarreina.

CUZCURRITA

Adviene Cuzcurrita a estas páginas por lo excelente y rico de sus vinos y lo bello de sus bodegas, horadadas en el monte,

que conservan el frescor de los ricos claretos que se elaboran en Cuzcurrita. Pena grande que sus particulares propiedades no permitan, sin detrimento de tan ricos caldos, competir comercialmente, fuera de estrechas zonas, con los demás vinos de Rioja, ya que bien lo merecía ese claretillo que, tomado en sus bodegas, os hace olvidar que, fuera, el pueblo nos ofrece un bello panorama, cruzado por un anchuroso río, que atraviesa entre extensas arboledas. Cuzcurrita, en un paisaje de égloga, conserva su antigua fisonomía si el camino os conduce hacia el castillo que guarda en su solar o si vais hacia su iglesia, situada en una plaza que tiene, además de la belleza de su paisaje, con el río Tirón a vuestros pies, la encantadora perspectiva de su fábrica renacentista. Por cualquier camino os asaltarán a vuestro paso el adorno de un escudo en antiguas casas de piedra que, mal conservadas muchas, mantienen otras la imagen de lo que fueron.

CASTAÑARES

La riqueza que produce su suelo es de todos sobradamente conocida en la Rioja. Basta para comprenderlo ver en los meses de agosto y septiembre el gran número de camiones que llegan hasta este pueblecillo riojano en busca del preciado tesoro de sus patatas, y más tarde, cuando el otoño haya madurado sus vainas, veréis recoger de sus huertas esos caparrones, que son orgullo de la Rioja y el alimento principal del riojano, bien condimentados con sabroso pimiento y ese chorizo y tocino, que no falta nunca en la despensa, ya que todas o casi todas las casas hacen en su tiempo matanza.

Un pueblo rico en el que todas las familias cultivan su propia huerta, donde antiguamente, y hasta hace poco, sé que se conservaba la costumbre por el Ayuntamiento de donar un cuadro de tierra suficiente para el consumo casero a todo

aquel vecino de Castañares que contrajera matrimonio y no tuviera medios de fortuna para adquirir su propia finca. Un pueblo, pues, donde la parcelación de la tierra llegó muchas décadas antes que a otros lugares de España.

En un perímetro también cercano a Haro, se encuentran Zarratón, de fisonomía más castellana, Anguciana, Briñas, Sajazarra y otros de gran belleza, pero cuya descripción sería demasiado extensa, aunque no se puede dejar de mencionar el pintoresco pueblo de San Vicente de la Sonsierra, cuya descripción y tipismo lo dejamos para párrafo aparte.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Entona al aire su canción el monótono ruido de una aventadora. Santo Domingo duerme, mientras el bullicio está allí, donde la máquina deja esas cordilleras de paja que rompen la llanura en las eras cercanas al caserío.

Rodeada de las murallas con que mandó un día Pedro el Cruel defender la ciudad de las huestes del de Trastámara, Santo Domingo es una vieja ciudad que se baña en el río Oja, y donde se revive todavía la mística y legendaria figura de aquel varón que se llamó Domingo, y que hoy le vemos enjuto, con su blanca barba alzarse sobre el altar que existe en la catedral, junto a su mausoleo, pero que parece hallarse presente en todas partes, allí donde se alinean los escudos de tantas casonas antiguas con que se ennoblecen sus estrechas calles, en la pequeña plaza, donde un convento de religiosas Bernardas alza sus celosías sobre el vetusto caserón del siglo XVII, y que guarda la sepultura de los Manso de Zúñiga; en esa antigua calle del Cristo, entre cuyas ojivas de piedra parece cobrar realidad la leyenda del Santo del que tomó nombre esta villa riojana, y en cuyo cielo luce airosa la aguja de la torre de su catedral. Pero ésta merece unas líneas aparte.

Iglesia, primero; colegiata, después, y elevada al rango de catedral en 1152, conserva de su primitivo ser la planta típicamente románica del ábside, con las sucesivas adiciones que se fueron construyendo posteriormente en los siglos XV y XVII, que le dan ese bello sabor renacentista con que se engalana este monumento nacional, que encierra en su interior, además de un magnífico retablo, en el que se centra la imagen del Salvador, obra del valenciano Damián Forment, muerto en Santo Domingo en 1540, y de unas suntuosas capillas, bajo la advocación de San Andrés, de San Pedro y de la Magdalena, respectivamente, el sepulcro del Santo, magníficamente ejecutado en alabastro, en el último período del gótico, con un altar al frente en plata, sobre el que se destaca la figura menuda de Santo Domingo, tallada en madera, obra del artista Julián San Martín, con el símbolo de uno de sus milagros, un gallo y una gallina, pintados, como también lo es la talla del Santo. Frente a este altar vemos de nuevo un gallo y una gallina, tras una verja en la parte alta de uno de los muros de la catedral, de donde penden diversos símbolos de sus múltiples milagros.

La segur, único instrumento que, según la tradición poseyó el Santo, se encuentra junto a su sepulcro. La leyenda cuenta que con ella taló el bosque, que era entonces la ciudad de hoy, para dejar así franco el paso a aquellos peregrinos que, desde allende el Pirineo, venían por el «Camino francés», cruzando estas tierras cubiertas de breñales, para llegar a Santiago de Compostela y donde el Santo construyó un puente de veinticuatro ojos, que cruza el río, haciendo así más fácil su acceso, y que todavía se conserva en la ciudad.

A este ingeniero del medievo, pastor en sus años mozos, que quiso ser monje en San Millán y Valvanera, sin que fuera admitido, y que se retiró al monte a hacer vida de ermitaño, hasta que el obispo de Ostia, Gregorio, legado de Benedicto IX, le adhirió a su séquito, han tomado como

Patrono los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, bajos cuyos auspicios fué comenzada, hace unos pocos años, una cripta en la catedral para trasladar allí el cuerpo de Santo Domingo.

Varias capillas más, la sacristía y el claustro, son ornato de esta catedral cuyo solar fué un día también desbrozado de encinas por esa segur que vemos junto al Santo. Como para despedirnos, el gallo lanza su canto quejumbroso bajo las bóvedas del templo, igual que un día otro lo entonó también para dar fe, que un hombre al que se había ahorcado por un robo no cometido había sido vuelto a la vida por la intercesión de Santo Domingo, que hizo revivir a un gallo y a una gallina asados que se disponía a comer el corregidor de la villa, y que corroboraron el dicho de que para «Santo Domingo nada era imposible...» Hoy la estampa de aquéllos, la segur y una encina es el escudo de la ciudad, que honra así a su excelso patrono.

La torre barroca, separada de la iglesia, es obra del siglo XVIII, y se halla en esa misma placita tranquila y recoleta, donde, además de la catedral, se conserva una pequeña capilla, que fué en tiempos la ermita que levantó primitivamente el Santo dedicada al Salvador, como después lo fué la catedral también.

Muy cerca de allí, la antigua hospedería, donde el Santo prestaba su apoyo a los peregrinos, ha perdido su antiguo carácter, pero hay algo que emana de su amplio portalón, que es difícil describir.

Salgamos fuera del encrucijado de sus calles, y el embrujo se disipa en sus paseos, en el campo que lo circunda hasta allí donde la vista alcanza. Santo Domingo, fuera de sus calles, es una ciudad esencialmente agrícola, de tierras labradas por los hábiles calceatenses, de huertas primorosamente cuidadas y ricamente regadas, donde más tarde, allá en otoño, la algarrabía que ahora invade las eras se trasladará allí, a esos campos sembrados de patatas, cuyos miles de sacos se alinean des-

pués esperando aquellos vagones o aquellos camiones que vengan a llevarse estos tubérculos a aquellos mercados que sus necesidades lo exijan.

Así, pues, si Santo Domingo es rico artísticamente, también lo es agrícolamente, ya que sus campos producen una riqueza tal que la ciudad y sus pueblos limítrofes pueden considerarse abastecedores de mercados españoles y extranjeros.

Hasta hace poco una pequeña industria conservera preparaba los pimientos de sus huertas, industria que se ha perdido, acaso por el incremento que ha tomado la producción patatera, cuyo tubérculo es hoy día la principal fuente de riqueza del labrador de esta llanura del partido judicial de Santo Domingo de la Calzada, donde tiempos atrás tuvieron resonancia los extensos terrenos de la Emperatriz Eugenia, dedicados al cultivo de las viñas, y que hoy, parcelados, han sido dedicados a otros cultivos.

En la salida hacia Burgos, allí donde enclavó el Santo el famoso puente, se conservan todavía rastros de la ciudad medieval, dentro de la cual es de admirar el hospital del Santo, que se levantó bajo el proyecto de Juan de Herrera, para los peregrinos enfermos, y una gran iglesia de estilo herreriano, que guarda el sepulcro de fray Bernardo de Fresneda, confesor de Carlos I y arzobispo de Zaragoza, fundador de esta iglesia, convertida hoy por los PP. del Corazón de María, que ocupan el antiguo convento, en una bien cuidada iglesia, donde acude gran parte de la población de Santo Domingo a sus continuas funciones.

Sus aldeaños.—En los aldeaños de Santo Domingo, multitud de pueblos apiñan su caserío en un paisaje pintoresco, que en el monte o en la llanura brindan todos algo que hace digna su mención. Así, de un lado Ezcaray, ya citado al hablar del nacimiento del Oja; pero que es digno de destacar en su aspecto industrial por sus fábricas de quesos y mantequillas, de telas de lana, de sillas, etc., que aprovechan las riquezas de la región y que dan a Ez-

caray ese aire de prosperidad que se advierte al visitarlo.

Por otro lado, Leiva, con importantes fábricas harineras; Tirgo, cabeza de la tribu de los Autrigones, Herramelluri, Grañón, etc.

Por intrincadas carreteras que conducen a Logroño, Briñas, Ciruena, Ciriñuela, y muchos más que conservan o una iglesia digna de grandes ciudades, o nos muestran las ruinas de su antiguo esplendor.

FUENMAYOR Y CENICERO

Muy cerca de Logroño y de la línea divisoria entre las dos Riojas, Fuenmayor y Cenicero son pueblos típicamente riojanos, que, con sus tierras cubiertas de vid, buen caserío, bien urbanizadas, tienen como principal riqueza la que les deparan las bodegas que, si no de la categoría de Haro, son muy estimables en el mercado por lo excelente de las calidades que producen, y que, en gran parte, se surten de los viñedos que se cultivan en sus alrededores, conservando muchos los sugestivos nombres de antiguas generaciones que demarcaron así sus viñedos.

En la parte artística, Fuenmayor posee uno de los retablos mejores de la región, obra del escultor Juan Bascardó, encargado también de otras obras en la Rioja, entre las cuales conocemos el retablo de la iglesia de Briones, los que lucen dos pequeñas capillas de Santa María de Nájera, a la que os conduciré después en la fértil vega de Nájera.

El retablo de esta iglesia de Fuenmayor es de mediados del siglo XVII, y está compuesto de tres cuerpos exornados, todos de bellas tallas. Toda la iglesia es de gran belleza, como el conjunto de esta villa, que se alza cercana a Cenicero y a poniente de la capital de la provincia, en la línea del ferrocarril Logroño-Barcelona, en una franja esencialmente vinícola de la Rioja Alta.

Menos afortunada Cenicero que Fuen-

mayor, perdió su legado artístico en los días de nuestra Cruzada, en que la horda incendió su iglesia, de gran mérito.

BRIONES

Sobre una colina, una esbelta torre apiña a su alrededor el caserío de Briones, que vive su vida de labradores bajo su vigía. Un pueblo grande, riojano por su tierra de vid, riojano por su tipismo, riojano por su arte, ya que hasta esa torre que se afila hacia las nubes es de ese barroco riojano que advertimos en la iglesia de Santa María la Redonda, de Logroño.

Riojanos también los blasones de tantas casas de piedra sillar como vemos al cruzar sus calles, casas que prestan a su conjunto bellas perspectivas y, en fin, riojano también, pues era vecino de Fuenmayor, el artista que construyó la hermosa iglesia gótica, con factura del siglo XVI, que conserva Briones, y donde admiramos también el arte del ya citado Bascardó.

SIERRA DE CAMEROS

La belleza de esta sierra, en cuya vega se apretujan rientes pueblecillos, merece la atención de unas líneas, siquiera sea para recordar el pintoresquismo que encierran estos pueblos, algunos del partido judicial de Torrecilla de Cameros. Un pueblo de antañona estampa, que guarda en su recinto un sinnúmero de casas de grandes aleros, hermosos balconajes y heráldicos blasones, y que, como Ortigosa, ya más cercano a Soria y al famoso puerto de Piqueras, conserva en sus archivos valiosos documentos históricos de un glorioso pasado, y cuyo recuerdo lo encontramos en esas fachadas de piedra, con los escudos de armas de sus antiguos moradores, los cuales están ligados a glo-

riosos hechos acaecidos en tierras riojanas.

Paisajes donde el ganado que paca en los ribazos del Iregua tiene amplio margen para ello en las extensas praderas que le brinda una Naturaleza que se dulcifica en el valle, pero que en las alturas tiene una fisonomía dura y montaraz, que pronto se ve teñida de blanco por las nieves que le envían los Picos de Urbión.

Junto a Torrecilla, un manantial de aguas bicarbonatadas atrae a algunos enfermos, que llegan hasta allí buscando, creo yo, además de un remedio a sus males, un bello lugar de descanso, que se ve a veces alterado con la algarabía de tantos oriundos de Cameros que, al vivir fuera de allí, vuelven, en sus vacaciones, para gozar de su clima fresco y para postarse ante la Virgen de Tómalos, que se venera en una ermita cuya mayor hermosura es el lugar de su emplazamiento.

Con el fin de aprovechar la riqueza de las aguas que discurren por la región, se alzan en Ortigosa importantes construcciones de ingeniería, que dan un puesto destacado a este pueblo, vinculado por fuertes ataduras a la historia de la región.

Y esto es, en síntesis, Cameros, la parte de la Rioja más montañosa, y que acaso difiera más de ese concepto general que tenemos de la región, que el vulgo, al nombrarla, ve cubierta de vides y bajo un clima más templado, concepto diferente de la variedad que su suelo nos ofrece y de las condiciones climatológicas que encontramos a través de las excursiones, todas tan gratas, que nos ofrecen los diferentes puntos de la provincia.

RIOJA MONUMENTAL, SUS MONASTERIOS

Cuatro monasterios, tres ellos declarados monumentos nacionales, enriquecen con su gran valor el suelo riojano.

Enclavado uno en Nájera, y conocido con el nombre de Santa María la Real, goza el privilegio de contarse entre los men-

cionados monumentos nacionales, así como los cercanos de San Millán de Yuso o de Abajo, y el de San Millán de Suso o de Arriba.

Antes de hablar de Santa María la Real quiero, en breves trazos, situarlo en el paisaje en que se encuentra este Monasterio, cuyo diploma de fundación nos es dado ver en la Real Academia de la Historia.

Antigua plaza fuerte, Nájera no conserva hoy la prestancia de su abolengo guerrero; nada en la ciudad nos hace presentir fué testigo de tantas luchas como por su posesión hubo de sufrir esa tierra de color rojizo, que altos cerros casi la circundan, y donde se empinaba la antigua Nájera guerrera. Unos montes ásperos, cubiertos de cuevas, hoy desalojadas, que sin duda fueron abrigo de muchos en aquellos siglos en que la ciudad se encaramaba en lo alto. Posteriormente, la población bajó al llano y se agrupó junto al Najerilla, el río que divide la ciudad en dos partes. Un río de ancho cauce, que fué robando la tierra a sus ribazos y que fué, como Nájera misma, bravío y poderoso. Nájera es ahora un pacífico pueblo que tiene a gala el poseer un monasterio digno de la que fué corte del Rey don Sancho el Mayor, así como de haber sido testigo de aquel momento histórico en virtud del cual pasó a reinar, por abdicación de su madre, doña Berenguela, Fernando III, que había de conquistar en su reinado el nombre de Rey Santo. Corría entonces el año de gracia de 1217.

El Monasterio nos aguarda luminoso en una tarde caliente, en la que el sol pone fuego sobre la roca donde descansa y cuyo interior es mausoleo funerario.

No busquemos en su fachada la traza románica de la antigua abadía del siglo XI, consagrada entre grandes fiestas, en las cuales la ciudad se vistió sus trajes de brocados de oro, mientras flameaban los pendones para recibir al cortejo de los monarcas Fernando I de Castilla y León y Ramiro de Aragón, que con su corte de obispos y abades venían a la bendición del

Monasterio, que mandó fundar en 1044 el rey Don García de Navarra.

Como era costumbre en aquellos tiempos, fué dotado con villas, iglesias y conventos, que quedaron bajo el patrimonio de los monjes de Cluny, poseedores de la Abadía en aquella fecha, además de gran cantidad de alhajas y reliquias con que le enriqueció también su fundador.

De aquel entonces nada se conserva, y, como de tantos monumentos del medioevo, las sucesivas restauraciones nos devuelven una imagen del Monasterio completamente distinta, en la que el gótico y el renacimiento han dejado su huella impresa en las bellas labores de cantería que lo engalanan en los diferentes lugares que iremos señalando.

Nuevas devastaciones había de sufrir el Monasterio a raíz de la excomunión en 1835, pero ante nuestra vista, sin embargo, como un milagro, se nos ofrece una fachada al gusto del siglo XVI, blasonada con el escudo pontificio de Eugenio IV, que se adorna con una rica banda, finamente labrada, con el primor que el gótico trabajaba esta labor de cantería. No quisieron en la restauración que las armas de los Reyes fundadores se olvidasen, y en sus jambas labraron sus artifices los bellos escudos de los Monarcas que dieron a España un digno monumento de su historia artística y religiosa.

Penetrar en su interior es olvidarnos de la realidad de hoy, de que el sol arde fuera, de esas mujeres ante las que nos hemos parado antes, curiosos, para verlas, en las sombras de sus portales, tejer con rara habilidad las alambradas que guardan las botellas de los vinos de Rioja... Ahora es la belleza sombría de sus naves y de los pilares que sostienen la bóveda de su iglesia la que nos transporta a un mundo distinto y lejano, a ese otro que hemos dejado al cruzar el umbral. Es un mundo con hábito de franciscano que se mueve en derredor nuestro con paso silencioso y que, con suave voz, ante la imagen de la Virgen sedente que preside el retablo mayor de la iglesia, construido en

el siglo XVII, nos cuenta la tradición de cómo fué hallada la imagen por el Rey Don García de Navarra, y a cuya aparición se debe la inspiración del Monarca de construir este Monasterio, perplejo ante el milagro de encontrarse, en una de sus cacerías, entre los encinares que rodeaban Nájera, una escondida cueva que encerraba la bella imagen de la Virgen, sobre un altar de tosca ensambladura y que sostenía una jarra cuajada de frescas azucenas.

Ante la imagen, y en muda contemplación, vió también el Monarca al azor que momentos antes soltó tras la perdiz, y que juntos ahora veneraban la imagen. Una lámpara votiva iluminaba entonces la cueva, como ahora el reflejo de otra pone un hálito de luz sobre el rostro de María, de estilo prerrománico, y que con una azucena en la mano y el Niño en brazos no ha perdido en su reciente restauración nada de su primitiva belleza.

Destinado por el Monarca el Monasterio a Panteón Real, guarda junto al altar las estatuas orantes de los Reyes fundadores, y, una vez más, el escudo imperial ennoblece el retablo.

En el fondo de la iglesia el monasterio conserva húmeda la cueva legendaria de la aparición de la Virgen, y junto a ella dispúsose por don Pedro de Gadea, con categoría de abad, por el año 1556-59, la colocación del Panteón Real, en el que se encuentran hasta treinta enterramientos, entre los que vemos, además de los sepulcros de los Reyes fundadores, el del Infante don Ramiro, señor de Calahorra; el del Infante don Ramiro, hijo de Don García; el enterramiento del Rey Don Sancho el Sabio y su esposa, y los de otros Príncipes e Infantes, cuyos túmulos forman parte de este panteón, que perdió gran parte de su hermosura al desaparecer los primitivos sepulcros que encerraron los restos de estas reales personas.

Fuera del panteón, el enterramiento de Doña Blanca de Navarra, situado en una capilla de la iglesia, conserva su primitiva urna, que, aunque bastante devastada, puede considerarse como una de las joyas

arqueológicas de mayor mérito que encierra esta Abadía de su época primitiva. Esculpidas en la piedra del túmulo, vemos varias escenas evangélicas que lo adornan, además de la figura de la Reina y la del Rey, su esposo, en doliente actitud, al que sostienen dos nobles señores. En todo ello se aprecia la riqueza del trabajo que los artífices acumulaban sobre estos túmulos funerarios.

Un alarde del gótico florido lo encontramos en el coro alto, al que ascendemos por estrecha escalerilla y del que toda ponderación resulta inexpresiva ante el trabajo en madera con que se tallaron las cincuenta sillas que, presididas por el sillón abacial, son una auténtica joya del arte gótico, cuando los tallistas, prescindiendo en parte de la figura geométrica y animal conocida hasta entonces, comenzaron a tallar dibujos de figura humana, mostrándonos su arte singular en tan delicado trabajo, que después, en el Renacimiento, había de ser más frecuente. Obra seguramente de unos judíos vecinos de un cercano pueblo de Nájera, los hermanos Amutio, es discutido, sin embargo, el nombre de los verdaderos artífices de este coro, considerado como uno de los mejores dentro del gótico. La apuesta figura de Don García de Nájera, con artística espada, se centra bajo el afiligranado dosel en el sillón abacial, y preside desde allí el coro cuando los salmos de los monjes se elevan armoniosos. En otra silla vemos a la Reina Isabel la Católica, hierática ante la vista del intruso que va recorriendo aquella galería de retratos en talla de santos, reyes, obispos y abades.

El sol está ya en su declive cuando salimos al patio circundado por los claustros alto y bajo, donde a esta hora incierta de la tarde una luz violácea, con lenguas de fuego, presta la impresión a sus platerescos ventanales de un bello bordado en oro.

Ningún sitio mejor que éste para soñar. Parece en él haberse desbordado la imaginación de los artistas que lo construyeron; tal es el refinado trabajo que se admira en esas estatuillas cubiertas por pe-

queños doseles, por lo florido de los pilares y por esos ventanales que al entrar nos causaron tan bella impresión. A lo largo de sus anchas galerías, sepulcros de los siglos xv y xvi nos hacen pensar en lo bello del lugar para dormir el sueño eterno, pues hay algo sutil en el ambiente que nos acerca a Dios.

Corrompida la piedra de muchos de estos túmulos funerarios, guardan otros, intactos, el nombre de los que en ellos yacen, todos caballeros que por sus blasones y hazañas guerreras merecieron el honor de tan bello cementerio.

Anterior en fecha a este claustro bajo es la llamada Capilla de la Veracruz, que guarda las mejores urnas del claustro, ya que pertenecen al románico. Muy bien conservada tenemos la de su fundadora, la Reina de Portugal, Doña Mencía López de Haro, oriunda de la Rioja y casada con Don Sancho II de Portugal, que vino a morir, por azares de la historia, a Nájera.

Varias urnas más, entre las que se encuentra la de Garcilaso de la Vega, también románica; pero salgamos de nuevo a la galería para admirar su belleza y detenernos en su recorrido ante la sepultura de don Diego López de Haro, que ostentó, entre otros títulos, el de Señor de Vizcaya, y cuyo escudo labrado en la piedra nos muestra unos lobos negros cebados con corderos sangrantes, blasón de la Casa de López Haro.

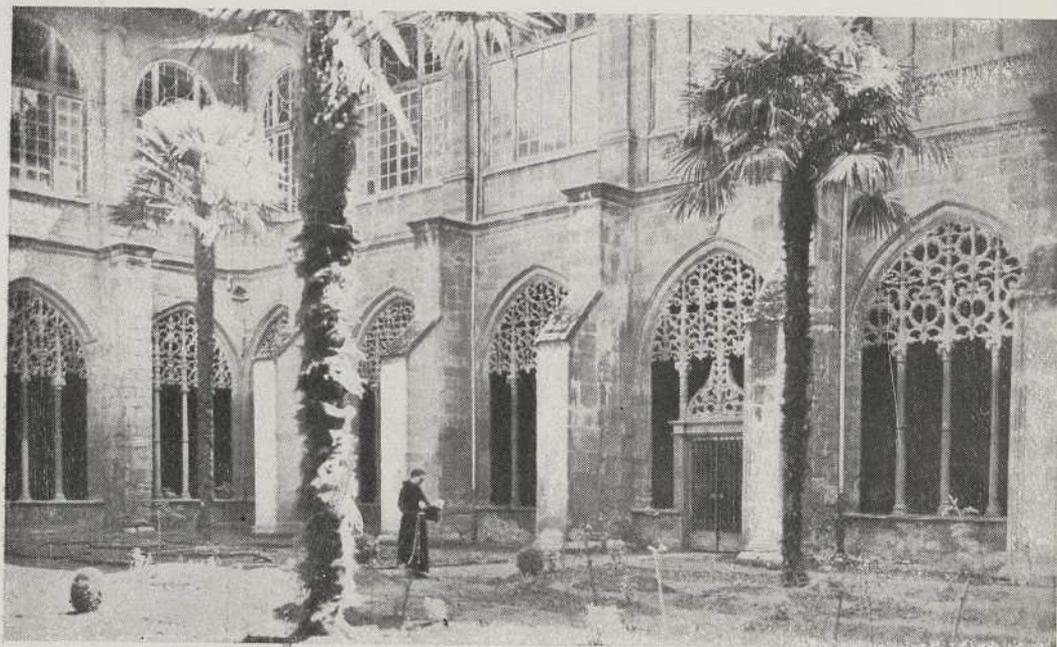
El monje a nuestro lado nos cuenta una curiosa tradición que tenía lugar ante este sepulcro años antes. Mientras habla, una sonrisa ilumina su rostro evocando el cuadro que él, sin embargo, no ha podido conocer, pues fué perdiendo la costumbre de esta tradición en las postrimerías del siglo pasado, tradición según la cual se obligaba a dar efectividad a la elección de Corregidor de la ciudad de Nájera en una vistosa ceremonia que se celebraba ante esta tumba que estamos contemplando, rica en figuras y en escenas delicadamente talladas que embellecen el féretro del que un día fué Gober-



Colegiata de Santa María de la Redonda, de Logroño



Altar mayor de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada



Monasterio de Santa María la Real, de Nájera





La Sagrada Imagen de Valvanera

nador de Nájera y uno de los principales magnates de la España de su época.

Alargamos la conversación. Recuerdos, historia, tanto encierra este Monasterio que el tiempo no cuenta desde que traspusimos su umbral, y comprendemos el porqué de esa tradición que llevaba al Corregidor ante la figura yacente de don Diego López de Haro, como si hubiera de levantarse de su tumba, porque allí dentro, en el Monasterio, todo parece cobrar de nuevo vida, cuando fuera cae ya la noche.

MONASTERIO DE SUSO O DE ARRIBA

En su pobre aspecto exterior, el Monasterio de Suso es como un arca sencilla que encierra notables recuerdos de origen mozárabe.

Sobre la montaña, y rodeado de la vegetación donde se halla enclavado en una de las estribaciones de los montes Distercios, conserva su aspecto, la legendaria razón para que fué levantado.

Orar, meditar, soñar... Cuán fácil parece esto en el Monasterio de Suso. El campo y el aire se saturan todavía del recuerdo de San Millán, el asceta que se retiró al monte, para vivir más cerca de Dios, en una de esas concavidades que le brindaba la Naturaleza, y donde se alza este Monasterio, al que venía después a buscar la paz para mejor dar libre curso al sentimiento, Gonzalo de Berceo, el poeta riojano que tomó el nombre de su pueblo natal para firmar sus odas, y en el que parece debió también nacer San Millán, según dice el poeta en una estrofa donde cuenta con recio lirismo la vida del Santo.

Monte de áridas quebradas éste con aroma de hierbas montaraces. Unas aves de rapiña cruzan por la bóveda del cielo, e inquietas al divisarnos baten sus alas para elevar el vuelo. A nuestros pies, el valle es estampa para una acuarela de pálidas tonalidades verdes.

La iglesia de este Monasterio al estilo mozárabe fué consagrada por el Monarca de Navarra Sancho II, y en ella se conservan las cuevas donde San Millán se retiró a hacer penitencia y vivir en la soledad que le brindaban los breñales de esos montes cercanos a Berceo, mientras sus caridades o su temple guerrero al servicio de Dios no le sacaban de ellos.

Convertida en capilla una de las cuevas en el 1030, guárdase en ella una figura del Santo, vestido de pontifical en la época románica. Dos altares visigóticos prestan calor a los muros de dos de estas cuevas, mientras que la tercera conserva su aspecto lóbrego y oscuro, y que es aquella donde San Millán pasaba la Cuaresma en un continuo ayuno y azotadas sus carnes por implacable penitencia. Sólo tiene ésta al exterior un pequeño orificio, por donde el Santo sacaba el báculo para demostrar así que vivía.

Un afán sin límite de perfección impregnó toda la vida del asceta cuando las hordas visigodas, todavía arrianas, en el siglo VI, predicaban por todos los ámbitos sus falsas doctrinas.

En los escasos detalles de ornamentación que luce la fachada, conservados a pesar de su devastación por el incendio de Almazor, en el siglo XV, y de su reciente restauración, a raíz de la cual se habló de su posible origen visigótico, encierra un puro sabor árabe: los modillones que sostienen el tejado, los capiteles primitivos que se conservan en el arco que da acceso a la iglesia; en la cúpula de ésta, de pura raigambre mozárabe; en el pórtico, en fin, de construcción típicamente oriental.

Y como pobreza y austeridad fueron los símbolos que guiaron la construcción de este Monasterio, también sencillo, sin que nada altere la línea sobria del sarcófago, el atrio o antiguo «portaleio» guarda las tumbas de los siete Infantes de Lara, así como las cenizas de tres Reinas de Navarra y las de dos nobles, uno, Señor de Camero, cuyo nombre fué Tello González, y el de Nuño Sabido, ayo de aquellos desgraciados Infantes de Lara.

Al salir de nuevo fuera nos asalta a cada paso la figura de este santo del me-

dievo, cuya imagen hemos contemplado sobre la tabla de estilo gótico que guarda el pequeño museo del Monasterio y que, dividida en cuatro zonas, nos enseña algunos momentos de la vida de San Millán: aquel en que el Santo lucha contra el demonio, San Millán sanando a los contrahechos, etc., y que ahora, frente a la Naturaleza, ante el silencio que envuelve nuestro andar, todo el presente queda en suspenso hasta que, como un nuevo milagro del Santo, aquellas tablas cobren vida de nuevo. San Millán está allí, junto a aquel recodo del camino; lo vemos con los ojos del recuerdo, pues nuestros pasos hacia él nos lo diluye en la bruma de un pasado que vamos dejando detrás.

SAN MILLAN DE YUSO

Tiene como fundador este Monasterio a aquel mismo Monarca navarro que mandó edificar también el de Santa María de Nájera. Como aconteció a éste, el tiempo, las guerras y las sucesivas devastaciones arruinaron su primitiva estampa, aquella en que soñara tantas veces el Rey Don García, que quería para el Monasterio toda la magnificencia con que deseaba realzar esta Abadía dedicada a San Millán, cinco siglos después de acaecida la muerte del Santo.

Pero si la construcción no es aquella que fué en tiempos, cuando el Monarca mandó alzarla, y si de la misma sólo existe el recuerdo de la importancia que tuvo el Monasterio, con su larga relación de prebendas que le concedió el Monarca, conserva, sin embargo, su dedicación a San Millán en este otro Monasterio con fisonomía de los siglos XVI y XVII, que sobre una verde pradera contemplamos a los pies del monte por donde acabamos de descender del Monasterio de Suso, y donde, a escasos pasos, rebuyen las voces de unos labradores que trabajan con sus yuntas de bueyes allí cerca, donde el pueblo de San Millán labra unas tierras fecundas.

Su portada exterior, si bien no respon-

de a la magnificencia del edificio, no le resta, sin embargo, empaque a su majestuosa construcción, que se ve realizada por las murallas que la circundan en el término donde finaliza la propiedad del convento.

Ocuparía demasiado espacio describir cuanto encierra este Monasterio riojano, que fué un día celoso guardián de la maravillosa arqueta que el Rey Don Sancho el Mayor mandara construir con oro, piedras preciosas y marfiles, para conservar en ella, y en sustitución de otra habida anteriormente, los restos del Santo de Berceo, y que años después, fielmente copiada, pasa a servir también de cofre donde guardar los restos de San Felices, maestro de San Millán.

Una curiosa leyenda envuelve con un milagro el recuerdo de aquel lego que, eclipsado por la riqueza de ellas, quiso una noche robar alguna de las joyas que enriquecían la arqueta de San Millán, quedando allí sus dedos aprisionados.

Pero si una vez hizo el Santo el milagro, dejó, sin embargo, que los invasores franceses, al asolar cuanta riqueza guardaba nuestro suelo, robaran el oro y las piedras, dejando únicamente los marfiles como cosa de escaso valor y con los cuales se han reconstruido recientemente, a impulsos del Excmo. Sr. Marqués de Lozoya, director entonces de Bellas Artes, las actuales arquetas, en las que puede admirarse los mencionados marfiles del siglo XII, que bastan por sí solos para llegar a este rincón riojano, distante 17 kilómetros de Nájera y 44 de Logroño.

Hoy el Monasterio pertenece a los Padres Agustinos, con misiones en Filipinas, si bien, antiguamente, cuando esta Abadía contaba con las ya citadas numerosas prebendas, fué propiedad de la Orden Benedictina, de tan gloriosa tradición en nuestra Patria, pero que hubo de dejar estos muros, estos claustros, pletóricos para la Orden de recuerdos propios, cuando la nefasta Ley de exclaustación, en 1835, que tanto daño hizo a nuestra siempre católica España.

Expurgando entre tantas bellezas como vemos al penetrar en su interior, destacaré la iglesia, con proporciones de cate-

dral, dividida en tres naves con crucero, sobre el cual admiramos el artístico cimborrio. Algunas modificaciones arquitectónicas habidas en sus naves laterales han restado, en parte, magnificencia a esta iglesia construída en los lejanos años de 1504 a 1540.

Los lienzos que la exornan son todos de indudable mérito artístico, así como las esculturas y en general cuanto decora su interior. Pero acercarse al presbiterio es gustar las delicias del pincel del Zurbarán castellano, Juan Rizi, artista que perteneció a la Orden Benedictina y que dejó en San Millán de Suso una profunda muestra de su arte singular.

La elegancia del retablo que el monje pintó, encuadrado por artísticas columnas de las llamadas corintias, es algo que atrae a cuantos hayan tenido la dicha de llegar hasta este tranquilo rincón que, a pesar de cuanto guarda, no es todo lo conocido que debiera ser.

Fray Juan dividió en ocho cuadros el retablo y dió vida en ellos a varias escenas religiosas, menos en el central, que representó en tamaño natural al Santo cuya advocación lleva el Monasterio y así nos es dado ver a San Millán peleando a caballo contra los moros en la Batalla de Hacinas.

Estas pinturas son lo suficientemente hermosas para admirar por sí solas el magnífico retablo, enriquecido, sin embargo, también por los jaspes del templete que guarda el tabernáculo.

En las varias capillas que tiene la iglesia seguimos admirando pinturas del Zurbarán castellano, magnífico legado para la Orden a que perteneció y, sobre todo, para el arte español en general.

En la capilla de San Agustín, Fray Benito Salinas, fundador y abad del Monasterio, se nos muestra en una bella estatua orante. Cúpole el honor de ser el propulsor de esas hermosas verjas, bellamente trabajadas, que guarda la iglesia y que datan del 1680. Ocupó, dice su epitafio, el solio de Barcelona.

El trascoro, verdadera joya del estilo borbónico, no puede dejar de mencionarse, así como las esculturas que contemplamos en los retablos y que forma con la

puerta un solo cuerpo de verdadero interés artístico.

Y huyo de tantas bellezas como se agolpan al recuerdo de esta visita y de tantas notas como conservo de las sucesivas hechas a la Iglesia del Monasterio, pues describir cuanto vi, cuanto soñé encerrado entre sus muros y cuanto sentí, es demasiado profuso para estas cuartillas, por demás pequeñas para dar una visión de conjunto de la tierra riojana, para mí de gran cariño.

Pero no puedo dejar de mencionar dentro de la iglesia el maravilloso púlpito en madera de nogal, que luce la esbeltez del plateresco, terminado en un templete de finas columnas que es dosel para una talla y en el que descansa otra de finas líneas. Sosteniendo el púlpito, bóveda de tantos oradores como a través de los siglos habrán ocupado la sagrada cátedra, cuatro atlantas cargan el peso de su base sobre sus espaldas y los que, al igual que los Evangelistas y otros símbolos que lo enriquecen con sus tallas, hacen de él la fili-grana en madera que contemplamos.

La antesacristía, sacristía, biblioteca, el Salón de Reyes y el gran claustro procesional, merecen todas unas palabras obligadas por la impresión que causan.

Este último, en estilo gótico, puede considerarse como entre los mejores que se conservan de esta época en nuestra Patria, y es, sin duda, también lo más interesante del Monasterio. En él una bella portada plateresca, sobre la cual, y en una hornacina, la Virgen de la Asunción, titular de la iglesia del Monasterio, tiene la delicadeza de algo sobrenatural. Todo es bello en el claustro, por demás severo, aun en su ostentosa ornamentación de hornacinas, bajorrelieves, etc. Presiento como un cuadro aquellas procesiones que, a través del claustro, sería dado contemplar con el desfile de sus monjes llevando a la cabeza al Abad, Conde de Pazuengos y Consejero nato del Rey, por derecho propio. Al evocarlo, me parece escuchar todavía, bajo las bóvedas del claustro, el canto gregoriano... Pero de nuevo hu-yamos.

El que el saber se encerraba en los monasterios en una gran parte de los siglos,

nos lo evoca la gran biblioteca de la Abadía, importantísima en la época de su florecimiento, y que si ha sido despojada en parte de sus riquezas, allá por los años de la desamortización, conserva todavía un sinnúmero de volúmenes, celosamente guardados en sus estanterías, de escaso valor artístico, entre los que encontramos códices, manuscritos, incunables, que, con el archivo, de gran interés, mantienen el rango de esta biblioteca, joyel histórico de la Rioja. El voto a San Millán lo guarda un folio, copiado en el siglo XII sobre pergamino.

Una hermosa reliquia, el corazón del Cardenal Aguirre, es la joya más preciada por los monjes. Benedictino y natural de Logroño, este Cardenal, famoso por su saber, fué despojado del corazón para encerrarlo allí, entre los suyos, en ese nicho de la antesacristía por donde tantas veces sus pasos rompieron el silencio. La Sala Capitular, hoy sacristía, es donde se guardan las célebres arquetas de que os hablé al principio. En ésta son de admirar las cajonerías, las pinturas que exornan la bóveda del techo, las de sus innumerables cuadros y unas imponderables mesas de mármol que se alinean en el centro de ella y que prestan la visión de un bello conjunto, de cuya presencia es difícil escapar, si todavía no nos quedara por contemplar, entre otras, el Salón de Reyes, que a pesar de encontrarse a la entrada, junto al gran refectorio, del que tampoco os hablé al principio, por ser siempre mi primera visita allí donde una lámpara se consume junto al gran Misterio de Cristo en la Hostia, que guarda el Sagrario.

En este Salón de Reyes, Rizi nos trae con su pintura la fisonomía de aquellos monarcas y señores que dispensaron su protección al Monasterio, quedando, pues, este salón convertido en galería de retratos, entre los cuales algunos destacan por su indudable mérito.

Mi última mirada es para la escalera real, toda ella en alabastro, por la que se asciende a varios claustros, exornados éstos con gran profusión pictórica. Tiene la escalera algo de grandioso, que no encuadra con la figura pequeña del hermano que al pie de ella nos despide. En su sen-

cillez, en su actitud no hay nada que revele el orgullo de habitar en esta mansión, donde los blasones de sus fundadores lucen sus cuarteles sostenidos por dos leones al pie de la misma.

MONASTERIO DE VALVANERA

Solo, entre los riscos de áspera montaña, donde en invierno cae la nieve, cubriéndolos con su manto blanco, y los jabalíes se tornan también peregrinos, se alza este Santuario, dedicado a Nuestra Señora de Valvanera.

No es extraño, a altas horas de la noche, oír el aullido de los lobos, que se acercan al Santuario y que rompen el silencio con su trágico ulular.

Enclavado a mil metros de altura, al pie del monte Mori, este monasterio de benedictinos, desolado en invierno, lo alegran con el buen tiempo las caravanas de peregrinos que vienen a visitar a la Patrona de la Rioja.

Incontables milagros os dirán sus devotos de su maternal bondad. Muchas leyendas os narrarán los monjes. Acaso la más extendida entre la tradición es la que se refiere a su aparición.

El Monasterio parece que fué erigido en el siglo IX. Gonzalo de Berceo escribió, allá por el siglo XIII, «en román paladino», la historia de este Santuario, que retraen su primitiva erección algunos historiadores al siglo IV, basándose para ello en una tradición, según la cual San Atanasio de Alejandría fué a postrarse en este Santuario al llegar a tierras riojanas, con el fin de desmentir con su verbo la herejía arriana, propagada por España en la primera mitad del siglo IV. Datos estrictamente históricos nos demuestran su existencia en el siglo IX. Parece que se erigió sobre los restos de una pequeña capilla dedicada ya anteriormente a Nuestra Señora de Valvanera. Los archivos del convento guardan una serie de datos de indudable interés, en lo que a éste se refiere, de los cuales entresacamos que su total reconstrucción se efectuó en 1880, a

instancias de un lego, el hermano Tiburcio, que consiguió se alzara éste que ahora vemos, que, si bien de escaso interés artístico, guarda una de las imágenes más antiguas de España, ya que se la considera por su antigüedad la segunda entre las Vírgenes españolas.

Sobre su historia, la Biblioteca Nacional conserva una antigua leyenda dedicada por el capitán don Francisco de Ariz a su señora la reina Doña Margarita de Austria.

La imagen que hoy vemos en su camarín es románica, pero sus sucesivas restauraciones, poco indulgentes con su sabor histórico, le han restado majestad. Se encuentra, como tantas otras, vestida la curiosa talla con un manto que enmarca su rostro. Sentada sobre una silla jamuga, sostiene al Niño en rara actitud, que ha dado lugar a una leyenda, de la que, según la tradición popular, la reina Doña Isabel la Católica fué testigo. Tradición seguramente falsa, pero tejida alrededor de una prohibición de Alfonso VI, por la cual ninguna mujer, ni en romería, podía acercarse al Monasterio, debiendo venerar la imagen a una determinada distancia.

Desde cuándo se empezó a venerar esta imagen también existen contradicciones. Créese, sin embargo, que esta imagen existía ya cuando España era una provincia romana. Respetada por los godos, fué ocultada, a raíz de la invasión musulmana, en los montes Distercios, donde fué hallada siglos más tarde, según cuenta la histórica tradición, por Nuño Oñez, natural de la provincia de Soria, que, asaltador de caminos, viviendo en el monte una vida criminal, un día que vió orar a un labrador con la mirada en éxtasis antes de comenzar su trabajo, sintió la llamada divina y retiróse a expiar con rudas penitencias su vida anterior a una cueva llamada de Trónvalos. El arrepentimiento de que dió pruebas, su infatigable caridad y su cuerpo maltrecho por ayunos y cilicios movieron a un virtuoso clérigo, que la leyenda le da el nombre de Domingo, a dedicar su vida, como Nuño, a la penitencia, trasladándose ambos anacoretas al valle de Valvanera, donde la Virgen quiso un día regalarles con el don de su presencia, haciéndose ver de ellos encerrada en el tron-

co de uno de tantos robles como en el monte había. Junto a Ella, un cofre encerraba valiosas reliquias.

La iglesia que estos penitentes levantaron para trasladar a la imagen desde el tronco y darle culto fué, sin duda, sobre la que después se alzó el Monasterio.

Fueron en un principio canónigos agustinos los que cuidaron del Eremetorio hasta el reinado de Alonso el Magno, en que fueron sustituidos por monjes benedictinos, que dieron gran propulsión al Monasterio, y que con los avatares de la historia, que tuvo como epílogo la ley de Exclaustración, en el pasado siglo, hubieron de dejar, para volver de nuevo a él en 1883, cuando por la antedicha restauración los muros del antiguo Monasterio pudieron de nuevo dar albergue a la comunidad, que trece años después sufriría la adversidad de un gigantesco incendio. Las limosnas de la Rioja entera lañaron las grietas que el fuego implacable abrió en sus muros, y así vemos hoy el edificio nuevamente rehecho merced a la caridad de tantos devotos como tiene la Virgen de Valvanera, no sólo en esta región, que se enorgullece de hallarse bajo su divina protección, sino también fuera de los ámbitos de la patria, donde sus milagros hicieron común la devoción a esta imagen, que tomó nombre del valle por donde corre rumoroso un estrecho río.

He visto en su fiesta, allá en el mes de septiembre, llegar ante Ella numerosos peregrinos de todos los rincones. Gigantescos y modernos autobuses llenos de devotos que entonaban al llegar la Salve, rompiendo así el silencio del valle. Los he visto llegar a pie, atravesando para ello la sierra de la Demanda, con los pies descalzos y deshechos por el camino. A todos les guiaba el mismo afán: honrar a la excelsa Patrona de la Rioja, que en solemne acto fué coronada el pasado año 1954 en la capital logroñesa, ofrendándosele una maravillosa corona de piedras y esmaltes. Ceremonia para la que fué trasladada la imagen desde lo alto de sus cerros, que parecen querer dominar la fértil tierra, hasta la llanura de Logroño, allí donde el Ebro le dió su triunfal bienvenida y adon-

de llegó S. E. el Jefe del Estado para asistir a tan gran acontecimiento.

Si un día vais a la Rioja, si estas líneas os inspiran curiosidad por conocer esta tierra, henchida de gloriosos recuerdos históricos, no dejéis de ascender a visitar a su Patrona, que en su tosquedad románica tiene un algo que impresiona.

Los monjes del Monasterio, convertido en Abadía desde 1900, y que recobró vida merced al impulso de fray Tiburcio Lamas, llamado el «penitente de Suso», tiene una industria que heredaron de los antiguos monjes, cual es la confección de un rico licor llamado de Valvanera.

OTRO LEGADO HISTORICO

Dejar de mencionar en la parte artística de la Rioja esos castillos que alzan su faz adusta sobre este vergel de tierra castellana, sería dejar incompleta la visión panorámica que quiero ofreceros de ella.

En algún libro he leído que los castillos de la Rioja carecían de importancia; acaso sus ruinas no conserven la munificencia de esas otras que nos es dado contemplar por otras partes de Castilla, a las que el tiempo respetó o cúpoles la suerte de inspirar su vetustez la reparación precisa para sostener la mole informe sobre la que descansaban esas almenas, aquellos ajimeces o, en fin, esta torre del homenaje que reverbera al sol de tantos atardeceres.

Pero para mí los castillos de la Rioja, o mejor dicho, lo que queda de ellos, que en la mayoría de los casos, desgraciadamente, es bien poco, tienen, si no la belleza artística que no lograron conservar sus ruinas exhaustas, el valor de su historia, de una historia curiosa para el que intenta ahondar en este pedazo de Castilla, que tiene fisonomía propia y una vasta herencia histórica.

Legados de ella son esas mismas ruinas que atalayan, desde la cumbre de un cerro, ese pueblecillo que descansa a la sombra de las paredes de granito de lo que un día fué poderoso castillo, o aquel

otro desde cuyas dismanteladas paredes rojas se disfruta la vista de esa sierra tan rocosa e impracticable como fué en sus tiempos esa poderosa fortificación.

Los nombres de tantos castillos como hubo en la Rioja ocuparía junto a la historia de los mismos un estudio harto extenso que excedería de los límites generales de este folleto; básteme, pues, dar una idea general de los mismos que nos sirva, además, para determinar las tres diferentes clases de castillos que se encuentran en la región, y que, como decíamos en líneas anteriores, son en su mayoría ruinas que se recortan en el horizonte de los diferentes paisajes.

A la época romana, sarracena y cristiana pertenecen cuantos conocemos o tenemos histórica referencia, ya que de muchos sólo la tradición conserva en la memoria el lugar donde alzaron un día su bravo poderío.

Memoria de estas atalayas, posteriormente plazas fuertes, son las que los romanos establecieron a lo largo del caudaloso Ebro y que trazaba una línea que comprendía Calahorra, Agoncillo, Alfaro, Cenicero, Aro, etc., llegando hasta los pueblos denominados Foncea y Fonzaleche, el primero de los cuales conserva todavía en pie los muros de su castillo.

Posterior a esta época, cuando la dominación romana ha levantado su poderío de nuestra patria, pero ésta no ha llegado a la época de la reconquista, Clavijo, pueblecillo cercano a Logroño y cuyo nombre evoca la célebre batalla, ostenta roídos sus cimientos, abatido su imponente aspecto, pero en pie todavía sus muros de uno de esos castillos, que de romanos, sus cimientos se transformaron en nuevo baluarte para los sarracenos. Citaré algunas de aquellas fortalezas cuyo recuerdo evocan los pueblos de Alberite, Alcanadre, Azofra, etc.

La historia sigue lentamente sus pasos. De romana a visigoda, y posteriormente a sarracena, para ser cristiana después, va de camino hacia el feudalismo, de cuya época son los castillos que principalmente nos regalan con su vista en el rincón riojano.

Ruinas unas que, por adustas, nos harán soñar con un chirriar de cadenas que al anochecer imagináis salir de lo que un día fueron sus mazmorras, mientras que otros, radiantes de sol, esbelta su figura, os traen a la memoria que entre sus muros vivieron tantas estirpes cuyo nombre basta para imaginar el fausto de tales señores feudales.

Así, la tierra de Cameros, señorío del mismo nombre, tiene memoria de los Arellano, Fortúñez, Haro, etc. Aguilar del Río Alhama, un riente pueblecillo, guarda las ruinas evocadoras de uno de esos castillos cuyo feudo recayó en los últimos tiempos en la casa de los Abrantes. También Cuzcurrita posee un castillo de la época feudal que perteneció primitivamente a los marqueses de Lazán y que hoy, restaurado, presta majestad al pueblo que sus vinos hace célebre en la tierra. Arnedo y Autol estuvieron un día bajo el feudo del marquesado de Fontella, y de ahí que en su solar se alzarán también ejemplares de esos castillos que, si no por su fisonomía maltrecha, hubieran merecido, por su carácter histórico, un poco de cariño.

Los de Navarrete, Sajazarra, Frías y tantos más, ven sus días contados, pues su imponderable enemigo el tiempo acabará abatiendo tantos cuantos conservan algo que nos deje soñar en otro tiempo en que el tronar de los arcabuces y el galopar de los caballos irrumpía el silencio como ahora lo irrumpie ese avión que es un pájaro más en el azul del cielo de una tarde que a la sombra del castillo de Sajazarra vi cruzar entre sus almenas y sus minaretes.

ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PISCINA

No puedo escapar a la tentación de hablaros de esta ermita que la aldea de Peciña, de la jurisdicción de San Vicente de la Sonsierra, dedica a la Virgen de la Piscina.

Casi perdida en la sierra de Toloño, su conjunto armonioso y bello os hace ir hacia ella para contemplar con curiosidad esta muestra del arte románico, que ha suscitado alguna controversia al querer delimitar los estudiosos su verdadero origen.

Es tradición en la región que esta iglesia mandóla construir Don Ramiro, Infante de Navarra y yerno del Cid, el cual, al regreso de la toma de Jerusalén, en la que ocupó destacado significado, y una vez que se retiró al Monasterio de Cardaña (Burgos), otorgó testamento, en el cual encargaba de la realización de este proyecto al abad del Monasterio, el cual, según algunos historiadores, lo hizo en el año 1136, dedicándola a Nuestra Señora de la Piscina, en memoria también a que el citado Infante (cuenta la tradición) halló por revelación divina un trozo de la Santa Cruz en la piscina de Jerusalén.

Sea o no exacta la tradición, su arquitectura responde a la época a que se refiere el citado testamento, y son muchos los que defienden con datos históricos la realidad de ella.

Como tantas obras de arte que enriquecen nuestro suelo patrio, esta ermita sabe de decrepitud; sus muros roídos por el tiempo, el hueco que dejaron las columnas que un día adornaron las clásicas ventanas, sustituidos algunos de sus capiteles y, en fin, llevada la imagen a la ermita que San Vicente de la Sonsierra dedica a Nuestra Señora de los Remedios, guarda el conjunto, sin embargo, el suficiente interés artístico para llegar hasta ella y contemplar, sin mirar a la parte de sacristía moderna, que lo afea, un monumento histórico más de los que derrocha el suelo de la Rioja.

La Virgen es una imagen sedente, con el Niño en brazos, sentada sobre una butaca artísticamente labrada, y tiene cuanto de bello gusta de admirarse en estas imágenes románicas, y nos evoca, una vez más, la religiosidad que a través de todos los tiempos fué gala de España.

SUS FIESTAS

Además de las peculiares fiestas que los pueblos de la Rioja entera dedican a sus Santos Patronos o a la Virgen bajo cuya advocación vive el pueblo, existe una hermosa costumbre que data de la más remota antigüedad. Me refiero a las fiestas de «Gracias», llamadas así por la dedicación de gratitud que alza al cielo el labrador por los frutos recogidos en sus cosechas. Una bella costumbre que se ha perpetuado a través de los tiempos sin perderse en los vaivenes políticos de nuestra patria. Como es natural, ya que la fiesta se dedica al Altísimo, va precedida con una solemne función religiosa, que termina con el canto del Te Deum. Cohetes, música, pasacalles, alegran los pueblecillos, que, grandes o pequeños, caen de repente, al mediodía, en el más absoluto silencio. Es la hora más sagrada para el riojano, que, buen comedor, se sienta a la mesa para saborear la sabrosa comida con parientes y amigos venidos de otros pueblos con el fin de disfrutar de las fiestas y del banquete que traen consigo, pues es frecuente que se sirvan hasta cinco platos, tres de ellos, por lo menos, a base de carne condimentada de varias formas, todas muy sabrosas, pues la cocina riojana es, sin duda, para el amante de los platos fuertes, una de las mejores.

¡Qué decir de la prodigalidad con que es necesario regar tan fuertes alimentos! Como un hilo rosado cae el clarete del porrón. Pequeños y grandes consumen uno y otro sin emborracharse, pues la tarde es larga y la noche joven, y al labrador, que ha trabajado de sol a sol durante el verano, el cuerpo le pide juerga en las fiestas.

La fecha en que se celebran éstas es en algunos pueblos fija, y suele ser anterior en día o posterior a otra que se celebre durante el mes de septiembre, para así prolongar más los días de esparcimiento. Otros, por el contrario, la fijan cada año, teniendo en cuenta lo adelantado de los trabajos de la recolección del trigo.

Hasta hace poco eran frecuentes en estas fiestas las vaquillas, en que todos los

mozos tomaban parte, entre la algarabía de los espectadores. Muchos pueblos tenían unas especies de rústicas plazas desmontables, mientras que otros formaban éstas sirviéndose de la plaza del pueblo para redondel y cercándola con esos carros tan riojanos, pintados de vistosos colores, que servían de tablado desde donde presenciar las vaquillas.

Hoy el riojano va perdiendo su afición a ellas, mientras aumenta, en cambio, el también tradicional juego de pelota, para el cual se adiestra en el frontón del pueblo, que en casi ninguno falta.

Vemos, pues, en sus diversiones una gran paridad con las de Navarra y Vascongadas, y así que nos sea dado ver en el «baile de los Troquiaos» reminiscencias típicamente vascas.

Ya, sin embargo, su estampa va siendo más evocación que realidad. Yo todavía recuerdo el brillante colorido de los pañolones que al cuello sobre la camisa blanca, y pantalón también blanco, llevaban estos danzantes, que al frente de su «cachimbáu» o maestro de ceremonias tejían unas típicas danzas al son de la gaita y del tamboril. Y, sobre todo, recuerdo el tipismo en estas fiestas del acompañamiento del alcalde entre los danzantes a la función religiosa, vestido de terno oscuro con su sombrero flexible, cruzar el pueblo entre el tañido alegre de las campanas en tono de fiesta, el disparar de los cohetes y el rebullir de los chiquillos, que ya no dejarían a los danzantes en todo el día.

Pero si las bandas mejores o peores han sustituido a la gaita, si la tramoya de las fiestas ya va perdiendo color, queda imperturbable siempre la religiosidad del riojano, que, como bueno, es agradecido, y quiere continuar siempre dando gracias al cielo por esa tierra que tiene tan fecunda, por sus frutos de inapreciable valor y, en fin, por tanta riqueza como le deparó Dios en esta tierra riojana.

Al lado de estas fiestas de carácter general en la Rioja, muchos pueblos de la región tienen la exclusiva de otras que, acaso por propias, tienen un carácter particular.

Así, las de su Patrona la Virgen de la

Vega, en Haro; la de Santo Domingo de la Calzada en el pueblo de su nombre, la romería de la Virgen de Tómalos, en Torrecilla de Cameros, la fiesta de la Virgen de Allende en Ezcaray; San Fornerio, en Bañares; San Antonio, en Valgañón, y así podríamos prolongar una larga lista de nombres de pueblos, Santos y Vírgenes que celebran su fiesta con la nota colorista de una romería o que tienen un sabor particular.

Pero como hablar de todos no es posible, sólo destacaré las fiestas patronales de la Virgen de la Vega, que en una consecución de días festivos tienen los más varios cambiantes, además de ese tono general de ciudad en fiestas que le presta el alborozo de sus dianas, el alegre deambular de sus gigantes y cabezudos, las bombas de fuegos artificiales y ese toro de fuego que es colofón de las mismas.

Pero su parte típica es, en el aspecto religioso, la procesión del Rosario, que se celebra el día 7 de septiembre, víspera de la Virgen de la Vega.

Es una procesión que sale de la Basílica de la Vega en el incomparable marco de sus jardines, para después transcurrir devota por las calles de la ciudad, que en la noche, en el escenario magnífico de sus prodigiosos rincones, alcanza una belleza singular. Se compone la procesión únicamente de artísticos faroles, tantos como de avemarías se compone el rosario. En dos filas van los faroles portados por hombres, todos, ascendiendo por las calles turtuosas mientras por el centro de la calle, y sobre pesadas andas, los misterios del rosario, en alegóricos farolones artísticamente iluminados, prestan a la histórica ciudad de Haro una visión tan solemne, tan artística, que el embrujo que se produce al ver de lejos la luminaria, que asciende desde la Vega hacia la ciudad oscurecida para realzar su belleza, sólo se diluye cuando el fervor de los que entonan el cántico del rosario llega hasta uno, y entonces el embrujo se disuelve, sin pensarlo te has unido al coro de voces, y la piedad, la fe de los harenses para con su Virgen os hacen olvidar toda la belleza que encierra esta procesión. Nada importa sino aquello, que

la Virgen los proteja, que sepa que todos juntos la invocan ahora para que siga distinguiéndoles con sus favores.

Todo Haro está en las calles, las fiestas han comenzado. Haro, jubiloso, se prepara con este rosario a gozar de los festejos que el Ayuntamiento ha preparado para su solaz, corridas de toros, verbenas, de todo tendrá la ciudad, pero, entre todo, aguarda con entusiasmo el harenses el día de la romería a la ermita de San Felices, donde casi todo el pueblo acude a pasar el día para volver a la ciudad cuando ya en sombras les aguarda acogedora.

Algo distante de Haro la ermita, el pueblo busca los más varios medios de locomoción, yeguas, burros, carros, y, ahora, hasta algún autobús los conduce allí entre una verdadera algarabía de voces y de risas.

El regreso es algo impresionante, las botas de vino, unas botas tan grandes que sólo me parece haber visto en esta romería, y que cada uno lleva al hombro, vuelven ya arrugadas, han perdido su forma ventruda, pero todavía guardan algo, lo suficiente para que si os mezcláis a su regreso con vuestro terno immaculado os rieguen con el bautizo del vino y perdáis la prestancia que en la orgía, en el bacanal del vino, dejaron ellos a un lado para convertirse en Bacos modernos.

La parte de la ciudad que no ha ido a San Felices espera su vuelta en las calles y plazas, y sigue la orgía después que las botas han adquirido de nuevo prestancia, bien rellenas de ese vino, que en este día corre a raudales por Haro. Todos os brindarán su bota; para eso Haro es rica en vino, para eso es la capital de la Rioja Alta y en sus campos comienza ya a madurar la vid.

Pueblo éste alegre y bullanguero, está siempre dispuesto a obsequiar con cuanto tiene, y dispuesto también a tomar parte en otra especie de romería, que se celebra en el transcurso de sus fiestas patronales, cual es una comida que tiene lugar en una fuente denominada «del Moro», por una figura que allí existe, en una especie de pradera que se convierte en este día en el lugar de reunión de todo Haro. Es ésta la

fiesta de la gran familia que forma la ciudad. Allí vemos en grupos a todos los habitantes de Haro, que, sin distinción de clases, se regocijan con este día de campo ante la perspectiva de una comida copiosa, pues hasta las clases más pobres guardan lo preciso para poder allí, en la pradera, saborear una comida digna de día tan grande y que satisfaga a grandes y pequeños, que miran extasiados los manjares con que a su alrededor se deleitan.

No penséis encontrar a nadie en sus casas. Haro descansa estas horas de su continuo trepidar de músicas y cohetes para volver infatigable al baile...

SAN VICENTE DE LA SONSIERRA Y SUS «PICAOS»

Preciado recuerdo de la belicosa Edad Media es este pueblo de San Vicente de la Sonsierra, no lejos de Haro, que conserva de aquellos siglos la faz de su castillo maltrecho, coronando la ascensión de una empinada cuesta. Pero la faz adusta del medioevo pronto se dulcifica en ese bello caserío del siglo XVIII con que se engalana la villa y que es ornato de ella, con lo florido de sus espectaculares escudos labrados en la piedra sillar de sus fachadas, a las que prestan sombra sus tendidos aleros y donde unos tiestos de jeranios ponen la nota de su colorido en los amplios balconajes que lucen las fachadas de aquellas a las que el tiempo no truncará en ruinas su armonioso conjunto. Hoy muchas de ellas duermen el sueño del olvido. De sus mellados muros se han enseñoreado las lagartijas, que se deslizan por ellos silenciosas, como el agua del Ebro que corre a sus pies, y al que cruza un espléndido puente.

El recinto del castillo guarda celoso las amplias naves de una iglesia de elevada torre, que se adorna en su interior con un magnífico retablo, tallado en madera, que acusa la pericia del artista que lo trabajó, y cuya atribución es discutida, aun cuando se cree, y para algunos es indiscutible que no otras manos, sino las de Damián

Forment, fueron las que realizaron tan bella ejecución, como nos es dado ver a estas horas, en que el sol, ya casi en su declive, deja su rastro rosado y melancólico sobre el otro de su afiligranado altar.

Y en este escenario, por demás hermoso, en esta sin igual plaza, por el laberinto de sus estrechas calles, se ve en Semana Santa una de las más curiosas costumbres, cuya raigambre vive hace siglos bajo el solar donde se alza tan magnífico conjunto histórico, y cuya tradición se conserva, como en el alto se conservan los mellados torreones del castillo, de cuya época remota data también esta tradición que todos los años, cuando el drama del Calvario, que revive en los sagrados días de Semana Santa, los hombres de San Vicente de la Sonsierra, en la procesión del Viernes Santo, se dejan flagelar sus espaldas desnudas y sentir después el correr de la sangre sobre ellas, cuando les son picadas con una especie de bola de cera cuajada de puntas de vidrio, por lo que la sangre fluye de los amoratados cardenales, que el tormento de la flagelación había ido cuajando. Después es el lavado de las heridas con sal y vinagre lo que han de sufrir los penitentes, que todos los años forman un gran número, y los cuales, no todos son de San Vicente, sino que también acuden de otros lugares para sufrir por el Señor el escarnio de la flagelación.

Es un espectáculo duro, fuerte, distinto de ese otro de saetas, y que, con un derroche de luminaria, es típico en nuestras procesiones en estas festividades y que, sin embargo, es digno también de destacar por si alguna vez tú, peregrino en busca de sensaciones, quieres llegar hasta San Vicente de la Sonsierra, recordando estas líneas que a lo mejor caen en tus manos.

COFRADIA DEL PEZ

Logroño, que celebra sus principales fiestas en las festividades de San Mateo y San Bernabé, conserva en la última cita una curiosa tradición: me refiero a la Cofradía del Pez.

Esta Cofradía tiene por fin traernos a través de los años el recuerdo del sitio de Logroño, en el cual es tradición que sus vecinos hubieron de sostener el asedio a que les sometió las huestes del monarca francés Francisco I, alimentándose únicamente de los peces que el Ebro dejaba en sus márgenes a los habitantes sitiados en aquellos lejanos días de 1521.

Hoy, la Cofradía del Pez establece una especie de freiduría en una de las céntricas calles de la población, en la que se ofrece a todos cuantos quieran aguardar su turno para conseguirlo unos peces, un trozo de pan y un jarro de vino en memoria de la gesta heroica.

Sin duda, la tradición es curiosa, y los logroñeses demuestran su amor a la misma rodeando el citado puestecillo entre la alegre algarabía de cuantos festejan a San Bernabé y recuerdan la fecha del asedio.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Las fiestas de Santo Domingo de la Calzada, que tienen lugar el día de la titular de su santo Patrono, son unas fiestas que por su carácter tradicional bien merecen unas líneas en este resumen de algunas de las más pintorescas que tienen su marco en la región riojana.

Para Santo Domingo son éstas las más importantes, aparte otras que se celebran en el mes de septiembre y en las que destaca su feria de ganado, a la que concurre en busca de los premios en metálico que se distribuyen, además de las buenas transacciones que allí se realizan, lo mejor de la ganadería de la región y en la cual nos es dado ver la importancia de esta fuente de riqueza para el labrador riojano.

Pero, como digo, son las de su santo patrono Santo Domingo las que revisten mayor brillantez y las que para el que viene en estos días de mayo, hasta Santo Domingo, le dan ocasión de conocer el tipismo de ellas, que responde a una bien conservada tradición que quiere, con la repre-

sentación de estas manifestaciones cívico religiosas, destacar algunas características de la vida de su Patrono o de sus más destacados milagros.

Merecen citarse, entre las que tuve ocasión de ver hace algunos años, el desfile de carneros engualdrapados, bella estampa, cuyo lirismo trae a la memoria del calceatense la infancia del Santo cuya festividad se venera, que transecurrió como pastor en los montes cercanos a la ciudad que posteriormente Santo Domingo construyera.

Imagen también de su vida es la «Bendición de los Ramos», en la que se rememora aquel milagro del Santo que hizo posible talar con su hoz el bosque donde había de asentarse esta ciudad que hoy es orgullo de sus moradores, y donde un día encontraron posada los peregrinos en su camino hacia Compostela.

El desfile de unas bellas muchachas ataviadas a la usanza antigua y portadoras de unos cestos vistosamente decorados, en los que humean sabrosos los bollos llamados del Santo, es acaso la parte más vistosa de estos desfiles. Como todo, tienen también estos bollos su significado, cual es el de perpetuar la inagotable caridad de Santo Domingo, al igual que el llamado almuerzo del Santo, del que todos pueden gustar en el ambiente sin par de la posada del titular de la ciudad, donde se ofrece a cuantos se acerquen con un puchero saborear un caldo en el que, además de otros condimentos, va sazonado también con la sustancia de ese gallo y gallina que durante el año cacarea desde su gallinero de la catedral. La posada, de la que ya os hablé en otro lugar de este folleto, resulta un marco incomparable con su pozo al fondo para presenciar esta curiosa tradición.

No menos interesante es la «Procesión de la Rueda», con la que se evoca la obra que como constructor realizara en aquellos lejanos siglos este Santo al que hoy vienen a honrar en sus fiestas los ingenieros de caminos, cuerpo que, como ya quedó dicho, ejerce su patronazgo.

Santo Domingo, desde su altar, sonrío

benévolo ante esta serie de festejos que llevan el eco de su nombre a través de toda la región y de toda España.

Cuatro días vive la ciudad en fiestas, en las cuales apenas si queda tiempo de ocio. Las calles tienen un ritmo desacomtumbrado; las fachadas de las casas se han vestido de gala y todos cuantos a ellas acuden conocen la hidalguía de este pueblo riojano que se asienta sobre el favor de un milagro y al que Fernando el Santo elevó a cabeza de la Merindad de la Rioja.

SU CLIMA

Conocer el clima de la parte del suelo que nos ocupa sería, sin duda, dar una visión completa de cómo se vive en él, de las características especiales que aquél imprime racialmente a sus habitantes, a sus tierras, y, en fin, a cuanto se asienta bajo el toldo de su cielo.

Pero por las diferentes características de la región, montañosa una de sus partes, llana la otra, son diferentes también sus características climatológicas, y por ello nos atenderemos a dar un resumen del tiempo en la capital de su provincia, línea divisoria de las dos Riojas, y que, por tanto, está influida por las dos tendencias.

LLUVIAS EN EL ULTIMO DECENIO DE 1940-1950

Lluvia recogida por metros cuadrados:

| Año | Total litros |
|----------------|--------------|
| Año 1940 | 618,7 |
| » 1941 | 557,7 |
| » 1942 | 369,3 |
| » 1943 | 392,9 |
| » 1944 | 344,2 |
| » 1945 | 378,3 |
| » 1946 | 444,7 |
| » 1947 | 412,0 |
| » 1948 | 330,3 |
| » 1949 | 456,2 |
| » 1950 | 486,8 |

El año 1954-1955, recogidos los datos de junio de 1954 a julio de 1955, fué como

sigue, tenida en cuenta la nubosidad, lluvias y temperaturas habidas durante el mismo, y el cual, a la vista de los datos, resulta uno de los años más típicos en esta provincia.

Lluvia recogida durante el año, 391 litros.

Temperatura máxima del año, 37 grados a la sombra.

Temperatura mínima del año, 4,2 bajo cero.

Nubosidad.—Durante el año climatológico que analizamos la nubosidad fué así:

Días despejados, 93.

Días nubosos, 170.

Días cubiertos, 102.

Así vistos, por encima, estos datos, pueden dar a aquellos que las líneas de este folleto hayan podido interesar, una idea, si bien sea incompleta, de cómo se vive durante el año en esta provincia de Logroño.

LA RIOJA SE DESENVUELVE ASI

Pongo punto final a este folleto dando a conocer al lector algunos de los proyectos que tiene en realización esta provincia durante el curso del año 1955. Sólo son una muestra de ellos, ya que una exposición exhaustiva de los mismos sería demasiado larga para las pocas páginas que me restan del mismo.

A fines del pasado año se constituye en Logroño la Junta Provincial de Electrificación, la cual asume como meta principal de sus actividades, y una vez sometidas a estudio las necesidades eléctricas de la provincia, llevar acabo un plan concreto de electrificación, cuya realización en el más breve plazo posible llevará las redes eléctricas a cuantos pueblos carezcan de ellas o sea insuficiente su voltaje, dado el desarrollo industrial o aumento del vecindario de alguno de estos pueblos.

Destaco, entre otras noticias de interés, ésta por la importancia que a mi entender tiene en la actualidad la expansión eléctrica.

Idea de cómo la Rioja anhela su progreso en todos los órdenes nos lo revelan algunas cifras tomadas al azar y que van dedicadas en su mayoría a la construcción de casas baratas en aquellos pueblos en que el problema de la vivienda venía constituyendo una seria preocupación para las autoridades y vecindario de los mismos y que pronto se verá en muchos resuelta.

Así, tenemos que Logroño acordó a fines del pasado año un presupuesto de 550.800.51 pesetas para la construcción de 16 viviendas, además de las que se construían ya por la Obra Sindical del Hogar.

Esta Obra comenzó también la construcción de viviendas acogidas a las características de casas baratas en los pueblos riojanos de Haro, Santo Domingo, Baños de Río Tobia, Arnedo, Calahorra, y en la capital de la provincia, como decimos en líneas anteriores, con un total de 454 viviendas, que hoy se hallan terminadas o en vías de terminación.

Igualmente se proyecta por la Obra Sindical del Hogar la construcción de un nuevo pueblo que sustituya al de Mansilla, donde se halla enclavado el nuevo pantano que próximamente inundará el citado pueblo de Mansilla.

Es de destacar el creciente número de centros de higiene rural construídos en los dos últimos años, siendo inaugurados recientemente los de Cirueña y Anguiano, quedando otros por terminar o que, ya terminados, esperan solamente su inauguración.

Destacaré, en lo que a obras para la construcción de escuelas se refiere, el interés con que la provincia ha tomado este problema de carencia de escuelas en muchos pueblos o el número insuficiente de las mismas en otros, dado el elevado número de su matrícula, por lo que las autoridades, y por medio de la Junta de Construcciones Escolares, se disponen a combatir problema tan esencial, para lo cual se ha autorizado la realización durante el año 1955 de las siguientes escuelas y viviendas para maestros. Las primeras a emprender son las de Amunartia (Ojacastro), Jalón de Cameros, Urdanta (Ezcaray) y Villaseca (Fonzaleche), en los cuales se construirá una escuela con su correspondiente casa para maestro. Briñas, Fonzaleche, Villalobar y Prejano construirán dos escuelas y dos viviendas por pueblo. Redezno, cuatro viviendas; Anguaciana, tres escuelas y tres viviendas; Ribafrecha, ocho escuelas y ocho viviendas. Villarroya, una escuela y una casa, y Canillas, una vivienda.

Un instituto laboral está próximo a inaugurarse en el pueblo de Alfaro; Santo Domingo de la Calzada contará pronto con un Hogar para el Frente de Juventudes; Logroño termina su Hogar del Productor...

¡Para qué seguir enumerando! Baste esta muestra para comprender la labor social que tiene entre manos la región de la Rioja.

I N D I C E

| | Páginas |
|---|---------|
| Bosquejo histórico... .. | 4 |
| Logroño... .. | 4 |
| La Rioja Baja... .. | 6 |
| Rioja Alta... .. | 8 |
| Rioja monumental, sus Monasterios... .. | 14 |
| Otro legado histórico... .. | 22 |
| Sus fiestas... .. | 24 |
| Su clima... .. | 28 |
| La Rioja se desenvuelve así... .. | 28 |

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, suerte y al toro.
 N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
 N.º 3.—Artesanía.
 N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
 N.º 5.—El crucero «Balears».
 N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
 N.º 7.—Conquista por el terror.
 N.º 8.—España en los Altares.
 N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones.
 N.º 10.—Ex combatientes.
 N.º 11.—La batalla de Teruel.
 N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo.
 N.º 13.—Residencias de verano.
 N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
 N.º 15.—La batalla del Ebro.
 N.º 16.—Clima, suelo y agricultura.
 N.º 17.—Eliminados.
 N.º 18.—La batalla de Brunete.
 N.º 19.—La industrialización de España.
 N.º 20.—La casa tradicional en España.
 N.º 21.—El general Yagüe.
 N.º 22.—Museos.
 N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada.
 N.º 24.—Frente del Sur.
 N.º 25.—División Azul.
 N.º 26.—Donoso Cortés.
 N.º 27.—Regeneración del preso.
 N.º 28.—La «semana trágica» de Barcelona.
 N.º 29.—Calvo Sotelo.
 N.º 30.—Bordados y encajes.
 N.º 31.—Seis poetas contemporáneos.
 N.º 32.—El general Mola.
 N.º 33.—Mapa gastronómico.
 N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas.
 N.º 35.—«Yo, el vino».
 N.º 36.—El teatro.
 N.º 37.—Víctor Pradera.
 N.º 38.—El Alcázar.
 N.º 39.—Onésimo Redondo.
 N.º 40.—Ciudades de lona.
 N.º 41.—Nuestro paisaje.
 N.º 42.—Fray Junípero Serra.
 N.º 43.—Pedro de Valdivia.
 N.º 44.—Andalucía.
 N.º 45.—Marruecos.
 N.º 46.—Agricultura y Comercio.
 N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos.
 N.º 48.—Balears.
 N.º 49.—El comunismo en España.
 N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja.
 N.º 51.—Navarra.
 N.º 52.—Cataluña.
 N.º 53.—La Marina Mercante.
 N.º 54.—Las «checas».
 N.º 55.—El mar y la pesca.
 N.º 56.—Rosales.
 N.º 57.—Hernán Cortés.
 N.º 58.—Españoles en Argelia.
 N.º 59.—Galicia y Asturias.
 N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino. (Tercera edición.)
 N.º 61.—Medicina del Trabajo.
 N.º 62.—El cante andaluz.
 N.º 63.—Las Reales Academias.
 N.º 64.—Jaca.
 N.º 65.—José Antonio.
 N.º 66.—La Navidad en España.
 N.º 67.—Canarias.
 N.º 68.—El bulo de los caramelos envenenados.
 N.º 69.—Rutas y caminos.
 N.º 70.—Un año turbio.
 N.º 71.—Historia de la segunda República.
 N.º 72.—Fortuny.
 N.º 73.—El Santuario de Santa María de la Cabeza.
 N.º 74.—Mujeres de España.
 N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España.)
 N.º 76.—La Guinea española.
 N.º 77.—El general Varela.
 N.º 78.—Lucha contra el paro.
 N.º 79.—Soria.
 N.º 80.—El aceite.
 N.º 81.—Eduardo de Hinojosa.
 N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
 N.º 83.—El Marqués de Comillas.
 N.º 84.—Pizarro.
 N.º 85.—Héroes españoles en Rusia.
 N.º 86.—Jiménez de Quesada.
 N.º 87.—Extremadura.
 N.º 88.—De la República al comunismo (I y II cuadernos).
 N.º 89.—De Castilblanco a Casas Viejas.
 N.º 90.—Raimundo Lulio.
 N.º 91.—El género lírico.
 N.º 92.—La Legión española.
 N.º 93.—El caballo andaluz.
 N.º 94.—El Sahara español.
 N.º 95.—La lucha antituberculosa en España.

- N.º 96.—El Ejército español.
 N.º 97.—El Museo del Ejército.
 N.º 98.—1898: Cuba y Filipinas.
 N.º 99.—Gremios artesanos.
 N.º 100.—La milicia universitaria.
 N.º 101.—Universidades gloriosas.
 N.º 102.—Proyección cultural de España.
 N.º 103.—Valencia.
 N.º 104.—Cuatro deportes.
 N.º 105.—Formación profesional.
 N.º 106.—El Seguro de Enfermedad.
 N.º 107.—Refranero español.
 N.º 108.—Ramiro de Maeztu.
 N.º 109.—Pintores españoles.
 N.º 110.—Primera guerra carlista.
 N.º 111.—Segunda guerra carlista.
 N.º 112.—Avicultura y Cunicultura.
 N.º 113.—Escultores españoles.
 N.º 114.—Levante.
 N.º 115.—Generales carlistas.
 N.º 116.—Castilla la Vieja.
 N.º 117.—Un gran pedagogo: el padre Manjón.
 N.º 118.—Togliatti y los suyos en España.
 N.º 119.—Inventores españoles.
 N.º 120.—La Alberca.
 N.º 121.—Vázquez de Mella.
 N.º 122.—Revalorización del campo.
 N.º 123.—El traje regional.
 N.º 124.—Reales fábricas.
 N.º 125.—Devoción de España a la Virgen.
 N.º 126.—Aragón.
 N.º 127.—Santa Teresa de Jesús.
 N.º 128.—La Zarzuela.
 N.º 129.—La quema de conventos.
 N.º 130.—La medicina española contemporánea.
 N.º 131.—Pemán y Foxá.
 N.º 132.—Monasterios españoles.
 N.º 133.—Balmes.
 N.º 134.—La primera República.
 N.º 135.—Tánger.
- N.º 136.—Autos Sacramentales.
 N.º 137.—Madrid.
 N.º 138.—General Primo de Rivera.
 N.º 139.—Ifni.
 N.º 140.—General Sanjurjo.
 N.º 141.—Legazpi.
 N.º 142.—Semana Santa.
 N.º 143.—Castillos.
 N.º 144.—Imagineros.
 N.º 145.—Granada.
 N.º 146.—El anarquismo contra España.
 N.º 147.—Bailes regionales.
 N.º 148.—Conquista de Venezuela.
 N.º 149.—Figuras del toreo.
 N.º 150.—Málaga.
 N.º 151.—Jorge Juan.
 N.º 152.—Protección de Menores.
 N.º 153.—San Isidro.
 N.º 154.—Navarra y sus reyes.
 N.º 155.—Vida pastoril.
 N.º 156.—Segovia.
 N.º 157.—Valeriano Bécquer.
 N.º 158.—Canciones populares.
 N.º 159.—La Guardia Civil.
 N.º 160.—Tenerife.
 N.º 161.—La Cruz Roja.
 N.º 162.—Acervo forestal.
 N.º 163.—Prisioneros de Teruel.
 N.º 164.—El Greco.
 N.º 165.—Ruiz de Alda.
 N.º 166.—Playas y Puertos.
 N.º 167.—Béjar y sus paños.
 N.º 168.—Pintores españoles (II).
 N.º 169.—García Morente.
 N.º 170.—La Rioja.

APARECERAN PROXIMAMENTE

La dinastía carlista.
 Tapicería española.
 Glorias de la Policía
 Palacios y jardines.

Gobierno de  La Rioja
 BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000333705

R
 8256